



Patronato de la Alhambra y Generalife  
CONSEJERÍA DE CULTURA

***La presente colección bibliográfica digital está sujeta a la legislación española sobre propiedad intelectual.***

***De acuerdo con lo establecido en la legislación vigente su utilización será exclusivamente con fines de estudio e investigación científica; en consecuencia, no podrán ser objeto de utilización colectiva ni lucrativa ni ser depositadas en centros públicos que las destinen a otros fines.***

***En las citas o referencias a los fondos incluidos en la investigación deberá mencionarse que los mismos proceden de la Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife y, además, hacer mención expresa del enlace permanente en Internet.***

***El investigador que utilice los citados fondos está obligado a hacer donación de un ejemplar a la Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife del estudio o trabajo de investigación realizado.***

This bibliographic digital collection is subject to Spanish intellectual property Law. In accordance with current legislation, its use is solely for purposes of study and scientific research. Collective use, profit, and deposit of the materials in public centers intended for non-academic or study purposes is expressly prohibited.

Excerpts and references should be cited as being from the Library of the Patronato of the Alhambra and Generalife, and a stable URL should be included in the citation.

We kindly request that a copy of any publications resulting from said research be donated to the Library of the Patronato of the Alhambra and Generalife for the use of future students and researchers.

***Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife  
C / Real de la Alhambra S/N . Edificio Nuevos Museos  
18009 GRANADA (ESPAÑA)***

***+ 34 958 02 79 45***

***[biblioteca.pag@juntadeandalucia.es](mailto:biblioteca.pag@juntadeandalucia.es)***

DUQUE DE RIVIS

HIERON II



LA  
LEYENDA DE HIXEM II.

RELACION CORDOBESA DEL SIGLO XI,

POR

D. ENRIQUE R. DE SAAVEDRA,  
DUQUE DE RIVAS.

EL CAPITAN MORGAN.

NARRACION CONTEMPORÁNEA.

POR EL MISMO AUTOR.



MADRID :

OFICINAS DE LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA,  
CALLE DE CARRERAS, NÚM. 12, PRINCIPAL.

MDCCLXXIX.

LA  
LEYENDA DE HIXEM II.

RELACION CORDOBESA DEL SIGLO XI,

POR

D. ENRIQUE R. DE SAAVEDRA,  
DUQUE DE RIVAS.

EL CAPITAN MORGAN.

NARRACION CONTEMPORÁNEA,

POR EL MISMO AUTOR.



MADRID :

OFICINAS DE LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA,  
CALLE DE CARRETAS, NÚM. 12, PRINCIPAL.

MDCCLXXIX.

1879

Donativo del Sr. Conde de  
 Romanones á la Biblioteca  
 de la Alhambra. 1899

JUNTA DE ANDALUCÍA

Comisariado de la Alhambra y Generalife  
 CONSEJERÍA DE CULTURA

**BIBLIOTECA DE  
LA ALHAMBRA**

Est. A-4

Tabl. 1

N.º 13

---

Ninguna de las dos novelas  
que forman el presente volumen  
podrá ser reimpressa ni traduci-  
da á idioma extranjero, sin el  
previo consentimiento de su  
autor el Duque de Rivas.

---



JUNTA DE ANDALUCIA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife  
CONSEJERÍA DE CULTURA

---

MADRID, 1879.—Imprenta, estereotipia y galvanoplastia de Aribau y C.<sup>ª</sup>  
(sucesores de Rivadeneyra), impresores de Cámara de S. M.

LA LEYENDA DE HIXEM II.



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife  
CONSEJERÍA DE CULTURA

BIBLIOTECA DE LA ALHAMBRA

---

---

## INTRODUCCION.

---

En los reinados de Abderahman III, *el Grande*, y de Alahken II, *el Sabio*, el califato árabe-español habia llegado al apogeo de su gloria, y Córdoba, su hermosa capital, á grado tan alto de prosperidad y de cultura, que suspende y admira hallar á las márgenes del Guadalquivir aquel centro de civilizacion, cuando los pueblos de la Europa cristiana yacian sumidos aún en el caos de la Edad Media.

Córdoba podia compararse con la misma Bagdad, su rival en Oriente, y hubiera podido competir con las más bellas y florecientes ciudades del mundo antiguo y del mundo moderno.

En la época á que nos referimos, ocupaban su área ciento trece mil casas, entre las cuales descollaban magníficos palacios y soberbias mezquitas; la acompañaban extensos arrabales, y medio millon de habitantes, de diversas razas, clases y condiciones, le daban calor, movimiento y vida.

El orden y buen gobierno reinaban en la poblacion;

y en el aseo y ornato de calles y plazas, y en el servicio de fuentes, mercados y bazares, desde luégo se notaba la mano de una administracion entendida y celosa. Córdoba poseia escuelas gratuitas, donde recibian educacion los niños de familias pobres; baños públicos, ricas bibliotecas, vastos y bien dotados hospicios. Sus sabios y academias la llenaban de vivísimo esplendor, y á todas partes se extendia la fama de sus grandes naturalistas é insignes filósofos. Magnates extranjeros, y áun príncipes cristianos, acudian á la córte de los Omeyas á consultar á sus célebres fisicos, como era frecuente ver en ella tambien pomposas embajadas, que en nombre de reyes y emperadores venian á pedir amistad, cuando no á humillarse al trono de los califas.

Pero lo que daba á Córdoba verdadera excelsitud en el mundo musulman era su grandiosa aljama, visitada anualmente por millares de peregrinos—muchos de ellos de remotos climas—y á la cual apellidaban la Caaba (1) de Occidente.

El primero de los Abderahmanes, fundador del califato andaluz, lo fué tambien de la famosa mezquita, aunque, ménos venturoso con esta obra, no lograrse verla terminada: como si fuera más facil erigir un trono que fabricar un templo.

Conta la leyenda que un dia, despertándose el Emir al rayar el alba, convocó de improviso á los jeques y cadíes á consejo, y despues de pintarles en un inspirado discurso la tremenda lucha de las dos grandes iglesias

---

(1) Templo de Abraham en la Meca.

rivales, y de augurar en términos proféticos el triunfo del Coran sobre la Cruz, les reveló su idea de levantar al islam un templo maravilloso, digno de su gloria.

«...El cristiano idólatra, decía Abderahman, piensa en su orgullo que Europa es la reina y Asia la esclava. El musulman exclama entre tanto: De Oriente sale la luz, Algufia (1) duerme en las tinieblas.—El cristianismo y el islam se miran frente á frente como el leon y el tigre...—Los bárbaros de las regiones del hielo esperan que un pontífice romano ponga en la diestra de Carlo-Magno el globo de Constantino; pero las hermosas hijas del Yemen celebran con zambras y cantares las victorias del ismaelita, que por virtud del Coran se abre las puertas del Oriente y del Occidente.—¡Poderosa es la raza de Coreixi! Alah clemente ha vinculado en ella el precioso collar de Cósroes y las veinticuatro coronas de los reyes de Iberia.—No, no dará Dios el mundo á los que se embriagan predicando la penitencia, se enriquecen ensalzando la pobreza y se entregan á los placeres recomendando la austeridad. Para ellos, las privaciones de la vida y los monasterios sombríos; para nosotros, los verjeles, el harem, los baños y las aljamas, aljamas revestidas de bruñidos jaspes, con esbeltas columnas, airoso arcos, techumbres olorosas y lámparas inextinguibles.—Abierta está la contienda entre la barbarie y la cultura, entre las sombras y la luz, entre cristianos y musulimes; preparado el mundo y dispuesto para grandes cosas, como el hierro que sale de la fragua enrojeci-

---

(1) El Norte.

do y sólo espera la nueva forma que va á tomar sobre el yunque.—... Un esfuerzo más, y la majestuosa Bagdad se humillará tambien á la reina de Andalucía.—Alcemos al Señor una aljama comparable sólo con la santa casa de Jerusalem. Levantémosla en el mismo solar de un templo cristiano, para que huelle y oprima la mansion de los ídolos...»

Luégo enumera las bellezas y perfecciones que realizarán la mezquita, y describe el atrio, el pórtico, las naves y el santuario; y habla de los naranjos que darán sombra á las fuentes de las abluciones, y de las brillantes columnas dispuestas á manera de hueste belicosa, y de los arcos, como henchidas banderas al viento de la fortuna, etc.

Los jeques y alfakies se entusiasmaron con tan sublime arenga; y tomando el proyecto del Emir por celestial inspiracion, fueron todos de parecer que empezasen las obras cuanto ántes, sin omitirse en ellas gasto ni sacrificio.

Habia, felizmente, no poco de oriental hipérbole en el discurso de Abderahman, y á pesar de sus pavorosas palabras al anunciar que la mezquita se construiria en el solar de un templo cristiano, no se crea que esto se llevase á cabo de un modo violento, pues tales procedimientos no se avenian bien con la cultura y elevada política del ilustre Omeya. Lo que sucedió fué que se abrieron negociaciones con el obispo y el conde cristiano para adquirir por compra la iglesia que se necesitaba, y aunque en un principio fué rechazada semejante proposicion, aquellos prudentes varones cedieron al fin á los de-

seos de Abderahman, si bien con la expresa condicion de que habia de permitírseles levantar otro templo á los santos mártires Fausto, Faunario y Marcial. Formalizado el convenio, y recibido en dinares de oro el precio de la venta, desalojaron pacíficamente el edificio cedido, llevándose en procesion las imágenes y objetos del culto. Tan alto espíritu de tolerancia y equidad informó el califato andaluz en sus primeros albores.

Al prestigio de la ciencia y de la religion, Córdoba reunia la importancia que le daban las artes y la industria. Sus armas competian con las de Damasco; sus tejidos de lana y de seda, con los de Persia y el Indostan, sus cueros estampados dejaban muy atras á los de Fez y Taflete; sus joyas y aderezos eran encanto de los harenes, y sus objetos de platería, ornato y esplendor de templos y palacios.

A tres millas al Oeste de sus muros, y recostada, como perezosa odalisca, sobre las primeras ondulaciones de la florida sierra, aparecia Medina-Zahra, la mansion favorita de los califas. Su admirable alcázar y deliciosos jardines no tenian rival en el mundo.

En aquel prodigioso edificio, los calados mármoles parecian delicado encaje ó primorosa filigrana; las columnas, de preciosos jaspes, se contaban por miles; los techos eran de alerce, con éntalladas tracerías, donde, entre vivos esmaltes, brillaban jacintos y topacios de inestimable valor; la púrpura y el cobalto decoraban los muros, sobre los cuales se veian, en letras de oro, sublimes sentencias del Coran; formaban los pavimentos prolijos y lúcientes mosaicos; las puertas eran de cobre.

cincelado con nieles de plata. Ornaban el centro de algunas estancias artísticas fuentes, en que el agua saltaba con alegre rumor, y en uno de los patios habia una gran concha de pórvido llena de azogue vivo, que fluia y refluia artificiosamente y despedia, con los rayos del sol y de la luna, un resplandor que deslumbraba. ¿Y qué podria decir, si hubiese de copiar las descripciones árabes, de los magníficos baños, de los voluptuosos camarines de las odaliscas, y, sobre todo, de aquellos encantados pensiles, donde sus propios dueños se creian transportados al Paraíso? Era, en suma, aquella peregrina mansion como el sueño maravilloso de un poeta oriental que hubiesen puesto por obra los magos y las hadas.

Mas ¡ay! todos aquellos prodigios de la fantasía, de la riqueza y del arte iban muy pronto á desaparecer con la gloriosa dinastía que los habia creado.

El califato andaluz, formado tan rápidamente, trayendo por origen un cisma, y en cuya composicion entraban tan varios elementos, tan opuestas y diversas razas, llevaba en sí el fatídico gérmen de una destruccion prematura. Si dado le fué crecer y desarrollarse, merced al genio político y civilizador de Abderahman y sus sucesores, no bien se torciese tan hábil direccion, ó se aflojase la mano que tenía reunidos en un haz á los nobles hijos del Yemen con las feroces tribus del Atlas, y las ambiciones, las rivalidades, los odios latentes tomasen vuelo en la abrasada atmósfera de las discordias civiles, aquel espléndido imperio habia de venir á tierra, como el coloso bíblico de la frente de oro y los piés de barro, y todas aquellas magnificencias y encantos di-

siparse; como los poéticos desvaríos que produce en los orientales el *haschisch*, cuando pasa el efecto de la excitadora hierba.

Alahken II dejaba, al morir, á su hijo Hixem, tierno niño aún, por heredero del trono. Cubria su infancia la gloria de sus abuelos; pero ¿qué era tan débil brazo para mantener sumisas á las provincias de África y en la debida obediencia á discolos walíes, más atentos á su engrandecimiento y medro personal que al brillo y poder del califato? ¿Qué era un emir de tan corta edad para tener á raya á los indómitos castellanos y leoneses, para emprender un año y otro la guerra santa y acabar de someter el norte de la península al cetro de los Omeyas?

Por fortuna, — que luégo se convirtió en desgracia, — cerca del tierno príncipe velaban dos personajes: la sultana viuda, mujer sagaz y ambiciosa al par que madre desnaturalizada, y un antiguo servidor del difunto califa, no ménos sagaz y ambicioso, y dotado además de firme voluntad y grande inteligencia, capaz de los más altos designios; el cual, si gozaba ya de cierto crédito y fama, no habia hallado todavía propicia ocasion de desplegar las alas de su genio. Pero esa ocasion, que, fiado en su estrella, há tiempo aguardaba, se la ofrecieron de consuno la muerte de su señor y su valimiento con la sultana.

Sobeya conocia sus prendas, y convencida, por otra parte, de que, débil mujer, necesitaba una fuerza en que apoyarse para reinar en nombre de su hijo, le confió primero el mando de las tropas, al cual añadió despues el cargo de hagib ó primer ministro. Acaso ya desde los

días de Alahken le habia dado otras pruebas de confianza más íntimas y personales. El pueblo así lo creía, ó al ménos fingia creerlo, y corrían de mano en mano epigramas y sátiras, y áun se cantaban á media voz por las calles irreverentes coplas, que no dejaban muy bien parados el decoro y circunspeccion de tan alta dama. Pero, en honor de la verdad, el punto no está suficientemente esclarecido, y bien pudieran ser las tales pullas y donaires tiros de la calumnia y parto de la envidia, pues los émulos y enemigos del hagib, que no eran pocos, no perdonaban á la Sultana el haberlo encumbrado de aquella manera.

Dejando á un lado ese incidente, que poco nos importa, y cualesquiera que fuesen los lazos que unian á Sobeya y su favorito, es el caso que, en vez de preparar á Hixem á ocupar dignamente el sólio de sus mayores, sólo trataron ambos de prolongar su infancia, á fin de ser ellos árbitros del imperio. Con tan bastarda mira alejaron del augusto niño los ayos y maestros que su padre habia designado, y rodeándole de pompa vana y fastuosos honores, le dejaron descaecer y enervarse, entregado ántes de sazón á los goces del harem, entre odaliscas y esclavos.

Mientras Hixem, endeble y enfermizo, vegetaba en su dorado alcázar, de donde solamente salía en las grandes solemnidades, Almanzor, — que éste es el nombre que tomó el hagib, — se coronaba de gloria en cien combates. Como Aníbal fué terror de Roma, el caudillo andaluz lo era de la España cristiana. Él condujo su hueste victoriosa hasta los montes cántabros, y entrando á sangre y

fuego en Compostela, despojó con sacrilega audacia á la augusta basílica, sin miramiento á la tumba del Santo Apóstol. Las campanas fueron arrancadas á las ingentes torres, y en hombros de cautivos cristianos traídas á la metrópoli agarena. Más de dos siglos las contempló allí el pueblo musulman, pendientes del cimborio de la aljama, como bárbaro trofeo.

Segun una tradicion popular, cuando puso cerco á la ciudad Fernando III, estando reunidos muchos muslimes en la gran mezquita con objeto de implorar la ayuda de Alah contra los sitiadores, aquellos sagrados bronces, de propio impulso ó movidos por mano invisible, empezaron á tocar á muerto, y llena de espanto la poblacion, le faltó aliento para la resistencia. Dando por lo que valga el maravilloso suceso, lo histórico y lo cierto es que Córdoba se rindió á las condiciones que quiso imponerle el vencedor. El Santo Rey mandó colocar la cruz sobre la cúpula de la aljama, y en desagravio de la afrenta de Almanzor, con gran aparato y ceremonia devolvió sus campanas al templo de Compostela, haciéndolas llevar en hombros de musulmanes, del propio modo que las trajeron ántes cautivos cristianos.

Pero en los tiempos de Hixem II, que son los de nuestro relato, no era fácil augurar tan brillante desquite. El afortunado Almanzor se habia apoderado de Castilla entera, de aquella provincia tan á duras penas arrancada al yugo sarraceno, y llevado el terror de sus banderas á las montañas de Navarra y Cataluña, arrollándolo todo sus armas vencedoras. Á ser otro el sistema de guerra de los árabes, ó la raza vencida ménos tenaz y

perseverante, la nacionalidad española, á pesar de tres siglos de esfuerzos y de heroísmo, se habria tal vez borrado para siempre.

La sangrienta batalla de Calatañazor, en que, olvidando discordias y rencillas, pelearon denodadamente los reyes cristianos, coligados ante el comun peligro, detuvo al fin al guerrero andaluz en su ya larga carrera de triunfos y hazañas. Y el que durante veintiun años pareció árbitro de su suerte y fué verdadero señor y jefe del califato, en medio de la accion cayó mal herido, y trasportado á Medinaceli, espiró á poco, causando la noticia de su derrota y de su muerte honda consternacion en todo el imperio.

Por una de esas geniales rarezas, que tanto excitan nuestra curiosidad en la vida de los grandes hombres, y que son á veces como un portillo por donde nos asomamos al fondo de su sér, habia reunido Almanzor en una preciosa caja de cedro que siempre lo acompañaba en sus bélicas empresas, el polvo que de sus vestidos y armadura se desprendia despues de cada combate, y encarecido en su última voluntad que dentro del ataud lo cubriesen con aquella gloriosa tierra. ¿Era orgullo? ¿Era humildad? Acaso ambas cosas juntas, por contradictorias que parezcan. La carrera del ínclito hagib habia sido sin duda brillante y gloriosa; pero poco escrupuloso en los medios, con tal que lo condujesen á sus ambiciosos fines, en más de una ocasion se mostró injusto y cruel, y aun manchó sus manos con sangre inocente. No ménos olvidizo de los divinos preceptos en lo tocante á la abstencion del vino,—del cual escrito está «que el diablo

ha de servirse para encender disensiones entre los creyentes, y apartarlos de Dios y de la plegaria», — Almanzor lo bebía frecuentemente entre comensales y amigos. Y lo que es peor aún que esas trasgresiones, en cierta época de su vida se había complacido en proteger á los filósofos y libres pensadores, — que no faltaban por cierto en aquellos tiempos, — con mengua del Santo Libro y escándalo de los doctores. Se conoce, no obstante, que la luz del islam no llegó á apagarse enteramente en su alma, ó que en punto á racionalismo no pasó de los límites de la duda, y atormentado por los remordimientos, ó temeroso de no alcanzar el Paraíso, á medida que fué envejeciendo se hizo devoto, y se le vió, con aplauso de los imanes, expurgar las bibliotecas de los libros heréticos ó impíos, — aunque en esto bien pudo influir tanto la política como la religion, — y abstenerse enteramente del licor de la vid, y cumplir con todos los preceptos del culto. Dice el Coran que Dios preservará del fuego eterno á aquel cuyos piés se hayan llenado de polvo en las vías del Señor, y esto fué lo que le movió á guardar el que recogía en los combates, y con el cual quería que lo cubriesen en el sepulcro, persuadido de que los trabajos que había pasado en la guerra santa serian en el supremo tribunal su mejor justificación.

Almanzor dejaba dos hijos: Abdelmelik y Abderahman. El primero, que reunía algunas de las cualidades de su ilustre padre, aunque no su buena estrella, fué nombrado por el Califa, ó más bien por la vieja sultana, para sustituirle en todos sus cargos y honores.

Continuó Abdelmelik las excursiones periódicas de su antecesor, pero con escaso brillo y ménos provecho de las armas musulmanas. Y al poco tiempo de su gobierno, de vuelta á Córdoba de una expedición al interior de Galicia, donde habia perdido lo mejor de sus tropas en varios encuentros de dudoso éxito, le aquejó una grave dolencia, que lo llevó al sepulcro.

Al fallecer Abdelmelik, ya habia dejado de existir la poderosa Sobeya; y los eunucos y esclavos de palacio, arrogándose la autoridad que aquélla ejercia, aclamaron como sucesor del difunto hagib á su hermano Abderahman, de gallarda presencia y muy parecido en la faz y aire del cuerpo á Almanzor, pero muy desemejante en prendas de carácter y entendimiento.

Aunque no desprovisto de valor, más á propósito para dirigir cuadrillas en un circo que para mandar ejércitos en la guerra, y más propio para zambras y festines que para los arduos negocios del Estado, desde los primeros momentos dió claras muestras de carecer de los dones y aptitudes que tan elevado puesto requería.

Su esclarecido padre, más sagaz, más político, habia amontonado en su persona grandes preeminencias, altísimos honores; sólo un paso le separaba del trono, pero esa pequeña distancia encerraba un abismo, y no se atrevió nunca á salvarla. Sabía que en sus venas no corría sangre coraixi, y conocía el apego del pueblo á la legitimidad de sus príncipes. En paz, como en guerra, nada se oponía á su voluntad: él era el verdadero soberano, mas obrando siempre á nombre del Califa, cuyo reinado ilustraban sus hechos; siendo, por otra parte, el prime-

ro en acatar públicamente al que no, por ser degenerado vástago de los Omeyas, perdía el sagrado carácter de Iman de los imanes y sombra de Dios en la tierra. Abderahman, en vez de aleccionarse en esos ejemplos, empezó por darse con necia presuncion el pomposo título de Al Nasir Ledin Alah (defensor de la ley de Dios), que ya habia llevado Abderahman el Grande, y en su loco engreimiento, y so pretexto de la falta de sucesion de Hixem, el cual se hallaba en la mejor edad de poder tenerla, pretendió y obtuvo del insensato Califa que lo declarase Walí alhadí; es decir, inmediato sucesor del trono.

Aunque el hecho se mantuvo secreto algunos meses, no dejó al cabo de traspasar y de llegar á oídos de preclaros miembros de la familia Omniade, en la cual produjo gran indignacion. Distinguiase en ella, por sus aventajadas prendas, Mohamed, primo de Hixem y jóven resuelto y animoso, quien desde luego se propuso atajar el vuelo del desvanecido favorito. Con tal propósito se puso á recorrer las provincias, concitando los ánimos contra el hagib, cuyos ambiciosos proyectos denunciaba por todas partes; y eso que, en el fondo, los suyos propios no eran, como más adelante se verá, ménos bastardos é interesados. A su voz acudieron en armas numerosos parciales; y explotando hábilmente el ódio de los árabes á los berberies, en los cuales se apoyaba particularmente Abderahman, vióse muy luego al frente de formidable hueste, y con ella marchó sobre Córdoba.

Apénas tuvo aviso del movimiento el presuntuoso hagib, á la cabeza de la caballería africana salió en busca

de su audaz enemigo, muy seguro de escarmentarle; pero éste, más diestro que su adversario, le tomó la vuelta por medio de una rápida maniobra, y penetró de improviso en la capital, donde, pasándosele la escasa tropa que la guarnecía, se apoderó sin resistencia del palacio y quedó árbitro de la persona del Califa.

No tardó Abderahman en saber el lance; y ciego de ira y de despecho, se revolvió sobre Córdoba, confiando en sus aguerridos escuadrones y, además, en el favor de que gozaba con el pueblo por respeto á la memoria de su padre. Al llegar á la ciudad poco despues que su competidor, halló la extensa plaza del alcázar y otros sitios importantes ocupados por las tropas de Mohamed; siendo éste el punto, precisamente, de donde parte nuestro relato.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife  
CONSEJERÍA DE CULTURA



JUNTA DE ANDALUCIA

---

---

## I.

Habia la sultana Sobeya, poco ántes de su muerte, colocado á Wadha, el eslavo (1), hombre de su confianza, en el alto puesto de primer camarero de su hijo; y Mohamed, al apoderarse del alcázar, creyendo poder contar con aquel servidor, que gozaba de notable influjo en Córdoba y de no pequeño ascendiente en el ánimo del Califa, lo respetó en su empleo, encomendándole, además, en aquellas difíciles circunstancias, la custodia de su señor. Y éste, no obstante lo grave de los acontecimientos, sin cuidarse del desenlace, seguía adormecido en su ociosa existencia, entregado á sus devociones y á sus frívolos placeres.

El degenerado Hixem, aunque ya léjos de la niñez,

---

(1) En un principio se aplicaba el nombre de eslavo á los prisioneros que los pueblos germánicos hacían en sus guerras con las naciones eslavas y vendían á los sarracenos de España; pero, andando el tiempo, acabó por darse este nombre á todos los extranjeros que servían en el harem, en el ejército ó en los cargos públicos. Entre ellos hubo poetas y literatos muy distinguidos y hombres muy importantes. En tiempo de Abderahman III los esclavos se contaban por miles y formaban parte considerable del ejército.

vivia en perpétua infancia: era como esas frutas de invierno que dejan de estar verdes sin llegar á estar maduras. El único sinsabor que la rebelion de Mohamed le habia causado era el haber tenido que abandonar la mágica residencia de Zahra por el ménos suntuoso alcázar de Córdoba, que encerraba, no obstante, dentro de sus muros, hermosos y dilatados jardines. Pero, hallándose en esta mansion igualmente rodeado de sus mujeres y favoritos, y no experimentando en su vida habitual notable alteracion, el Emir de los fieles se resignó muy luego á su dorada cautividad.

La gran plaza de palacio y las calles que en ella desembocaban, así como otros puntos importantes de la ciudad, estaban, segun ya dijimos, ocupadas por las tropas de Mohamed, el cual no pudo evitar que Abderahman y sus africanos se apoderasen de los barrios extremos. Este, ántes de decidirse á jugar el todo por el todo en los azares de una batalla, trató de ganar á su contrario con ofertas y concesiones; pero Mohamed, que se creía más fuerte que su competidor, rechazó sus proposiciones con insolente desprecio.

Un choque era inminente: la poblacion, sobrecogida, se ocultaba en sus viviendas; los mercados, desiertos; cerradas las lonjas y los bazares. Los imanes se congregaban en la aljama para implorar la misericordia del Altísimo. Lúgubre silencio reinaba en toda la ciudad.

Era un dia claro y sereno de fines del estío. El sol brillaba en todo su esplendor, y ni el más leve, vaporoso vellon empañaba el azul turquí del cielo cordobes. A pesar del aparato bélico desplegado en torno de la morada

del Califa, dentro de ella todo continuaba en el más placentero sosiego. Los eunucos y las esclavas atendían con activa solicitud al servicio personal del indolente Hixem y de sus hermosas favoritas. Era la hora del baño. En la rica estancia dispuesta á tan alto fin, el Príncipe de los creyentes yacía recostado en una pila de alabastro oriental, en la que manaba con leve susurro, de la entreabierta boca de un delfín de oro, agua pura y cristalina, de temple deleitoso, exhalando suavísimo olor. Un inmenso abanico de matizadas plumas, pendiente á cierta altura del baño y que uno de los siervos de tiempo en tiempo impelia, airéaba, balanceándose suavemente, la soporosa cabeza del muelle monarca. La luz entraba amortiguada por los vidrios de colores de los calados ajimeces, y á través de la diáfana cortina que velaba la entrada principal veíase una elegante galería de arcos y columnas abierta sobre los jardines. En los ángulos del aposento humeaban pebeteros de bronce, y en un precioso velador, á corta distancia de la suntuosa pila, una especie de caleidoscopio giraba mecánicamente, formando arabescos sin fin y geométricas combinaciones para distracción del Emir, que apenas fijaba en él los ojos adormecidos.

Mas dejemos á Hixem en tan dulce estado, y pasemos, que no ha de pesarle al lector, á otra ala del edificio, mágico centro en que se albergaban las privilegiadas del harem, aquellas peregrinas beldades de que habitualmente se rodeaba el Califa. Éste, en medio de su descaecimiento, amaba con pasión las artes, — gusto, al parecer, ingénito en su raza, — y entre sus mujeres, sólo

las que descollaban en la poesía, en la música ó el baile eran sus favoritas.

Como Hixem acostumbraba á comer despues del baño, y luégo llamaba á sus escogidas para que lo entretuviesen con sus encantos y habilidades, era tambien aquélla la hora en que las hechiceras ninfas se purificaban en agua de nardos y jazmines, rosas y azahar, y se componian y aderezaban con sus mejores galás, á fin de presentarse más dignas y amorosas en presencia de su señor.

Ya que el recato y natural honestidad nos veden sorprenderlas en su hermosa desnudez, velada sólo por las claras aguas de las marmóreas pilas, ó en manos de atezadas esclavas, frotando sus venustos cuerpos con fragantes aromas, séanos lícito al ménos penetrar en la vistosa y animada estancia que servia de tocador á aquellas deidades.

Esa jóven de blanca tez y ojos azules, sentada en un taburete carmesí frente de un espejo de bruñido acero, es la gentil y discreta Amina, la que sabe tan admirables historias de hadas y encantamientos, enamoradas doncellas y valerosos emires. Una esclava le recoge los rubios cabellos, que caen á su espalda como un manto de oro. Y ella en tanto, medio envuelta en una ámplia y desceñida túnica de leve y blanco-lino, que en parte cubre y en parte deja ver sus nítidas formas, tomando de una concha de nácar una gruesa borla de cisne, cargada de fresco polvo de oloroso lirio, se la empieza á pasar muellemente por la suave garganta, el sostenido seno y los ebúrneos brazos.

A cierta distancia de Amina hállase Zaida, la de mirada de fuego y pequeña boca, como de fresa encendida. En sus copiosas trenzas, negras y lucientes, una de sus siervas engasta luminosos diamantes, mientras otra le calza menudos escaarpines de amarilla seda con primorosos recamos. Ninguna como ella para bailes y zambras. El brío de su persona, su flexible cintura y graciosos movimientos, sus breves y ligeros piés, y el incomparable donaire con que sabe agitar el panderó y repicar las castañuelas hacen de la donosa Zaida una de las más fúlgidas estrellas del harem del Califa.

Aquella de garzos y expresivos ojos, castaños rizos y vaga sonrisa, que se abandona negligente á la cobriza esclava que le ajusta á la garganta del pié un áspid de esmeraldas, es la bella, la interesante Sélima.

Su entrada en el harem merece ser conocida. Muerto en la guerra santa su bravo y generoso padre sin dejar bienes de fortuna, la sultana Sobeya la tomó bajo su amparo. En ella se complacia, viéndola crecer en hermosura y dar repetidas muestras de su gallardo númen, cuando el jóven Suleiman, deudo de Hixem, que prestaba servicios en Africa, donde habia nacido, y vino á la córte con un mensaje del walí que allí mandaba, conociendo á la huérfana, quedó perdidamente enamorado y la pidió por esposa. Rudo de carácter, aunque noble y franco, y más avezado á las asperezas del campamento que á ficciones cortesanas, tuvo la mala suerte de indisponerse con la orgullosa Sobeya, la cual, deslumbrando á su protegida con ilusorios esplendores y haciéndole entrever un porvenir igual al suyo, le abrió las puertas

del harem imperial, cerrando al propio tiempo las de la esperanza al fogoso mancebo.

La ofuscada doncella, á quien halagaba sin duda la pasion de Suleiman, pero que estaba léjos de abrasarse en la misma llama, y que, por otra parte, no dejaba de ser ambiciosa, cedió con íntima satisfaccion á los deseos de la Sultana, si bien aparentando, á los ojos del desairado amante, bajar la cerviz al incontrastable destino. Y él, maldiciendo su estrella y rebosando amargura, se lanzó con sombrío furor á los azares de la guerra, buscando en ellos el fin de su tormento.

Sélima se persuadió muy pronto de lo quimérico de sus aspiraciones. El enervado Hixem se contentó con aplaudir y galardonar sus talentos; pero no eran esas relaciones, puramente estéticas, las que podian hacer una sultana de una odalisca. Ella, sin embargo, no mostró desazon ó pesar, y sacando el mejor partido, parecia satisfecha y hasta feliz con ser uno de los mayores ornamentos de aquella frívola córte. Su voz dulce y argentina subyugaba el corazon, y ella misma componia la música y la letra de sus sentidas canciones. Bajo un rostro apacible y sereno escondia un alma apasionada, y sus maliciosas compañeras le habian puesto por mote *Agua mansa*, queriendo significar de ese modo lo falaz de aquel dulce sosiego. Desde algun tiempo, algo de misterioso y extraño debia preocuparla, pues no paraba miénten en lo que pasaba á su alrededor, y andaba siempre como soñadora y embelesada.

Esotra de lánguido mirar y tez morena, que se sujeta al cabello el leve almaizar con un grueso zafiro y ostenta

sobre el pecho varios hilos de perlas orientales, es Zoraya, encantadora hija del Mogreb, sin rival para entonar los aires africanos, tocar el tamboril y rasguear la guitarra.

En tanto que esas divinas mujeres se prendian y aderezaban con rutilantes joyas y vistosas telas, otras, no ménos bellas y famosas, que sería prolijo ir citando particularmente, estaban ocupadas en teñirse los párpados con el *koheul* (1), que da á los ojos el luminoso brillo del manantial en medio de las arenas, ó entregaban sus pulcras manos á hábiles siervas para que les frotasen las delicadas uñas con el *heneh* (2), que encierra en sí las tintas de la aurora, ó se entretenían en mascar la preciosa ramilla del *souak* (3), que blanquea los dientes, aviva el carmin de los labios y perfuma el aliento.

No bien hubieron las odaliscas acabado de ataviarse, acudieron á la espaciosa galería de que ántes hicimos mencion, y que, como dijimos, daba á los jardines del palacio. Al verlas con sus nítidas gasas y deslumbrantes arreos vagar entre los jarrones de vivos esmaltes, en que lucían pomposas plantas y lozanas flores, y entre exóticas aves, que revoloteaban en doradas jaulas ú ostentaban el fúlgido plumaje en elegantes perchas, cualquiera las hubiera tomado por las verdaderas huries del Paraíso.

Hixem, no de muy buen talante aquel día, se pre-

---

(1) Preparacion que tiene por base el sulfuro de antimonio.

(2) Arbusto cuyas hojas secas y pulverizadas, puestas á cocer, producen un hermoso color anaranjado.

(3) Planta aromática.

sentó más tarde que de costumbre, y al verlo, todas, cruzando los brazos sobre el pecho é inclinándose profundamente, lo saludaron con gran acatamiento. Él respondió al saludo con una vaga sonrisa.

Era Hixem de mediana estatura, pálido rostro y complexion endeble; los ojos, de incierto mirar y apagado brillo; sus facciones, sin embargo, no carecian de nobleza, ni su porte de majestad. En la época á que nos referimos, algo más tendria de cinco lustros; pero nadie á la simple vista le hubiese dado más de cuatro, debido en parte al levísimo bozo, propio de la edad juvenil, que apénas le sombreaba los labios y la barba. Más que un hombre formado, hubiérasele creído un adolescente enfermizo.

Envolvía su cabeza un ligero turbante de seda verde, en el que brillaba la insignia imperial, una llavecita (1) de diamantes, que, á manera de broche, sujetaba un airon de cándidas plumas. La túnica que llevaba era blanca tambien, de finísimo vellon del Thibet, no muy larga, con mangas perdidas y abrochada á un lado con primorosos alamares y esféricos botoncillos de filigrana de oro; las calzas muy anchas, de la misma tela y color que el turbante, y cerradas por abajo cerca del tobillo; los pulidos borceguíes, de leonado tafilete. Ornábale el cuello un collar de gruesos jacintos; en los desnudos brazos ostentaba varios brazaletes de rubíes, y le pendia de la mano una pequeña sarta de cuentas de ámbar, á

---

(1) El blason de los califas españoles era una llave de plata en campo azul.

guisa de rosario, que iba pasando una tras otra maquinalmente entre los dedos.

Seguido Hixem de aquel cortejo femenino, descendió de la galería, por una escalinata de mármol, á una elegante plazoleta, separada del resto de los jardines por una arcada fantástica de ramas y flores. A uno y otro lado de aquel espacio, dos rumorosas fuentes, compuestas de varias tazas escalonadas, de donde caía el agua formando cristalinos fanales, daban frescor al ambiente, al par que un inmenso velario, con listas blancas y azulés, suspendido á gran altura en pértigas de plata, mitigaba la luz y protegía aquel lugar de los ardores del sol en las horas de la siesta.

Al pié de la escalinata esperaban al Califa, sosteniendo un dorado palanquin, cuatro jóvenes abisinios vistosamente engalanados. Hixem se acomodó en él, y haciendo una ligera señal, los siervos partieron con suave y acompasado movimiento.

A los costados del palanquin marchaban las odalisecas, provistas de altos parasoles ó de redondos abanicos de plumas de pavo real, con los cuales guarecían ó aireaban la faz del Emir. Algunas de ellas caminaban delante con dorados canastillos, llenos de hojas de rosa, que iban esparciendo por el camino. Otras llevaban en las manos humeantes incensarios, en que ardían el almizcle y el álce, y que agitaban en torno del Soberano. Detras, á respetuosa distancia, seguían varios eunucos.

En ese orden y disposición salieron de la plazoleta por uno de los arcos de follaje, y entraron en una calle de sicomoros, cuyas ramas se entrelazaban.

Así anduvieron breve rato, vagando por lo más sombrero, hasta que al fin hicieron alto en un sitio muy ameno de lo más repuesto y solitario del jardín. Era un pequeño prado de verde césped, que frescos y plateados álamos protegían de los rayos del sol. En el fondo susurraba, entre musgosos peñascos, un limpio manantial, cuyas aguas, repartiéndose en dos acequias de floridos bordes, y ciñendo con sus brazos de cristal aquel delicioso paraje, iban á perderse á un gran estanque surcado por albos cisnes, que no léjos, entre unos arbustos se descubría. Aquél era el lugar escogido para los juegos aquella tarde, y todo, al llegar la comitiva, estaba ya oportunamente dispuesto. Sobre una gran alcatifa persiana tendida en la hierba se veían á un lado varios almohadones de seda carmesí, distinguiéndose el destinado á Hixem por su mayor suntuosidad y hallarse cobijado por un caprichoso dosel suspendido de las ramas de un árbol.

El Califa ocupó su asiento, cruzando las piernas á la usanza oriental, y en los demas se acomodaron sus compañeras, formando el más curioso y pintoresco divan que imaginarse puede. Cerca del almohadon de Hixem habia una mesita muy chata con preciosos embutidos, en la que uno de los eunucos colocó un cofrecito de brillante ataujía.

Dejando de recorrer un momento la sarta de cuentas de ámbar que tenía en la mano, el Emir abrió el cofrecito y sacó de él várias joyas.

— Hé aquí los premios que os destino. A vosotras os toca ahora disipar el tedio que me consume desde que tuve que abandonar á Zahra por esta triste residencia.

Haced, haced alarde, hoy más que nunca, de vuestras gracias y vuestros dones. El baile, el canto, la poesía, todas vuestras habilidades serán recompensadas, y como os dividís mi corazón os repartiré estas preseas.... Pero ¿y Aléxis? ¿cómo no ha llegado todavía?

— Es posible, señor, observó Sélima, ruborizándose levemente, que al venir de Zahra no le hayan dejado pasar, no conociéndole, las tropas que rodean, como en estrecho cerco, vuestra sacra morada.

— No puede ser: Wadha lo proveyó delante de mí de un salvo-conducto.

Al acabar la frase dió una palmada, y en seguida se presentó un esclavo, que hincó una rodilla delante de su señor.

— Ayub, le dijo el Emir, preven á los oficiales de guardia para que apénas lleguen mi primer camarero, le hagan saber que lo aguardo con impaciencia. Después sal del alcázar y recorre los puestos militares, por ver si en alguno se halla detenido Aléxis.

El esclavo se inclinó hasta el suelo, y marchó presuroso á cumplir la órden recibida.

Tras una breve pausa continuó Hixem:

— Sin Aléxis me fastidio en todas partes. ¡Pulsa con tanto primor la cítara, y declama con tanta expresion y gallardía las antiguas tradiciones de su tierra natal, que para mí tradujo en versos árabes!...

— Ciertamente, dijo Zaida con la vista baja y mirando de soslayo á Sélima, y sería un dolor que no llegase á tiempo de tomar parte en los juegos, cuando tanto se complace en él tu grandeza.

— Es verdad que le quiero bien. ¡Pobre Aléxis! Aunque no poseyera tan peregrinas dotes, siempre le tendría afecto. Su adhesión á mi persona, su fidelidad, y, sobre todo, la extraña semejanza de nuestros semblantes son circunstancias que por sí solas lo recomendarían á mi corazón. Si algun mal le acaeciera, creería que me había acaecido á mí mismo.

— Eso de la semejanza, dijo Zoraya, queriendo por lo lisonjera aventajarse á sus rivales, con perdon de tu grandeza, no es tanta como aseguran. Ni su continente ni su rostro tienen la excelsa majestad de los tuyos. No seré yo quien ose comparár á un hijo de nazarenos con el augustó sucesor del Profeta.

— Es nuestro parecido tan grande, repuso Hixem, que mi buena madre, de feliz memoria, sólo por ese motivo tomó bajo su protección á la suya, y á él lo puso á mi servicio desde muy jóven. Si la faz es el espejo del alma, sus sentimientos deben ser iguales á los míos, aunque yo sea califa y él un pobre juglar. La predilección que le nuestro me la paga con viva gratitud. En cierta ocasión mi gloriosa madre lo envió á Constantinopla, su antigua patria, para que se perfeccionase en tañer la lira y aprendiese nuevos juegos con que animar mis ocios, y aunque allí encontró afectuosos deudos, que lo quisieron retener con agasajos y ofrecimientos, todo su afán fué volver cuanto ántes á mi lado. Además, él y yo hemos nacido en el mismo día, á la misma hora, bajo el influjo de la misma estrella. Siendo igual nuestro horóscopo, un lazo invisible nos une, y al velar por su suerte, velo también por la mia.

Como todas las naturalezas débiles é indolentes, que ven con apática indiferencia los más graves sucesos y parecen insensibles á las vicisitudes de la fortuna, cuando ménos se piensa se agitan y exaltan por cualquier incidente baladí, que les hiere ciertas fibras, ó simplemente turba su comodidad ó altera sus hábitos, Hixem, contrariado por la ausencia de su juglar, saliendo de su calma ordinaria, profirió las anteriores frases con desproporcionada vehemencia. Pero su imaginacion, versátil como la de un niño, pronto cambió de giro, y dió órden de que empezasen los juegos.

Cada una de las odaliscas cogió un instrumento; quién la vihuela; quién el tamboril ó la dulzaina; las más se armaron de crótalos, y Zaida, con una faja de gasa en las manos, se lanzó en medio de la alfombra, y á compas de una música llena de caprichosas mudanzas, ya grave y melancólica, ya loca y arrebatada, desplegó á la vista de Hixem y de sus compañeras todas las gracias y hechizos de su admirable persona. La expresion de sus ojos, la sonrisa, el airoso cuello, el balanceo de los brazos, la flexibilidad del talle, la agilidad de sus breves piés, todo era en ella voluptuoso, fascinador, y al mismo tiempo, armonioso y perfecto. A veces, puesta una rodilla en tierra, echaba la cabeza atras y parecia que se iba á caer desmayada en el paroxismo del deleite. Otras, dando rápidas vueltas y ligeros pasos, creyérase que un vértigo la poseia. Ya se retorcia como una culebra, ya saltaba como una gacela, y al revolverse con sus vistosas galas, flotando sobre su cabeza el chal con que jugaban sus manos, hubiérase dicho una espléndida ma-

riposa de vivos y variados matices revolando sobre las flores.

Unánimemente fué declarada reina del baile, y ninguna se atrevió á disputarle el premio que Hixem le ofreció, consistente en unas arracadas de brillantes y zafiros.

Sélima cantó despues al són de su laud, con gran pureza y sentimiento, una *cassida* (1), compuesta por ella misma.—¿Quién ha de querer competir contigo, le dijo Hixem al recompensarla, si hasta las alondras y ruiseñores cuando escuchan tu voz suspenden sus gorjeos?

Aunque en género muy distinto, tambien Zoraya cantó á su vez, logrando hechizar el concurso. No poseia, ciertamente, el arte exquisito de su compañera; pero con expresion y gracia suma entonó los originales y melancólicos aires del Mogreb (algo como la *soledad*, las *playeras* ó la *caña*, reminiscencias, sin duda, de la música de nuestros invasores), acompañándose de la guitarra con singular donaire.

No bien espiraban las últimas notas en su garganta y cesaba de vibrar el sonoro instrumento, cuando Aléxis se presentó, seguido de Ayub, con su cítara en la mano.

Cuanto Hixem habia dicho de la semejanza que el jóven griego tenia con él, era exacto. Fuera del exterior humilde de Aléxis, ser sus ojos más despiertos é inteligentes, y algo más robusto su cuerpo; facciones, color, contextura, todo aparecia en ellos idéntico. Eran como

(1) Especie de cancion elegiaca, muy en uso entre los árabes.

dos figuras vaciadas en el mismo molde; y á no verlos con tan diverso atavío, uno representando el papel de califa y otro el de juglar, cualquiera los habria tomado por hermanos, y por hermanos mellizos.

Aléxis parecia algo agitado y más pálido que de costumbre. Humillándose tres veces, se acercó respetuosamente al Emir, é hincando una rodilla,

— Gran señor, le dijo, aquí está tu siervo para lo que te dignes ordenarle.

— Loado sea Dios. Él solo puede apartar el mal de nuestra frente y librarnos de la perversidad de los hombres. ¿Cómo no has venido ántes á disipar con la luz de tu ingenio las sombras de mi apenado espíritu? Me llaman emir de los fieles, y los más altos del imperio, los que colmé de favores, y entre ellos quien lleva mi propia sangre, en vez de prestarme sumision y obediencia, promueven bandos contra mi autoridad, traen la discordia hasta dentro de la misma Córdoba, y me obligan á encerrarme, más como cautivo que como rey, en este triste palacio. Pero Abderahman, mi fiel Abderahman, el hijo del insigne Almanzor, no tardará en volverme la libertad, y la paz y la dicha al califato.

No se crea por estas palabras que Hixem se inquieta-se sériamente con los sucesos, ni que, en el fondo, le importára el triunfo de uno ú otro de los contendientes. Esas amargas quejas, como las ya ántes proferidas, más que otra cosa eran la egoísta expresion de sus fútiles disgustos personales, un desahogo de su corazon, sacudido por la inopinada presencia de su histrion favorito; la cual, por virtud parecida á la que encerraba la lanza

de Aquiles, presto le devolvió, si no la alegría, que alegre no era Hixem, al ménos su habitual sosiego.

—Y bien, continuó el Emir, haciendo seña á Aléxis de que se levantára, ¿cómo has llegado tan tarde, cuando ayer te previne que estuvieses aquí temprano? ¿Acaso las tropas de mi buen deudo Mohamed te han detenido ó hecho algun mal?

La turbada faz de Aléxis harto demostraba que su arribo á palacio no habia estado exento de dificultades y aún de peligros; pero el griego era demasiado ladino para lamentarse por ello delante de Hixem, ni aventurar la menor censura sobre ninguno de los dos bandos rivales. Su insignificancia personal, su humilde condicion y absoluto desinterés en las intrigas y luchas de las opuestas parcialidades eran justamente la causa de que nadie reparase en él, ni lo disturbára en su oscuro favor con el Califa. Alexis comprendió que su mision se limitaba á divertir á su señor, y que, cualquiera que fuese el hagib, le dejaria de buen grado gozar de la predileccion de Hixem, siempre que contribuyese á tenerlo apartado de los negocios del gobierno. Así que á las preguntas del Emir contestó con afectada sencillez:

—Ningun mal me han hecho. Las tropas no me conocian, y tomándome por un espía de los enemigos, me detuvieron algun tiempo; mas cuando se convencieron de que yo era sólo un humilde siervo de tu grandeza, me dejaron pasar sin otro inconveniente.

—Si todo se redujo á la incomodidad de la detencion, loado sea Dios; el daño no fué grande, y nada hay perdido, pues llegas á tiempo todavía de recitarnos, al són

de la lira, uno de esos cantos helénicos que tanto me deleitan: los riesgos y aventuras de Ulises al volver á su patria, y si no, cualquiera de aquellas patéticas escenas del incendio de Troya.

— La lira, señor, me la han roto, dijo mostrándola. Al entrar en la ciudad, y hallándome entre dos avanzadas, una flecha perdida dió en ella y rompió las cuerdas, aunque sin hacerme á mí ningun mal.

— ¡ Dios es grande! exclamó Hixem alzando melancólicamente los ojos.

Sélima se puso pálida como la cera, y empezó á agitar el abanico para ocultar su emocion.

— Pero, aunque la lira esté rota, añadió Aléxis, si tu grandeza lo consiente, contaré la ruina de la ciudad de Príamo acompañándome de un laud.

En esto llegó la hora del refresco, y varios esclavos se presentaron con ricos azafates cargados de frutas, bizcochos, tacillas de arroyo y miel, gustosos alfajores y deliciosas bebidas. Uno de los siervos trajo además una salvilla de oro con pequeños cálices, llenos de fragante y suavísimo néctar preparado con deleitoso *haschisch* (1).

Hixem tomó uno de ellos sin parar la atención en las otras chucherías, y luego fueron servidas sus mujeres, y también Aléxis, el cual se guardó de probar siquiera el falaz licor.

Terminado el refresco, Sélima alargó su laud al hábil

---

(1) Palabra que, en árabe, significa hierba seca, y se aplica á una composición del jugo del cáñamo hervido y otras sustancias excitantes y narcóticas, con la cual se hacen pastillas y una bebida que producen efectos análogos á los del opio.

griego, y éste, sentándose en un escabel delante de su señor, empezó á describir con musical entono é inflexiones muy expresivas, hiriendo apénas las cuerdas del instrumento, el arribo de Ulises y sus compañeros á la isla de la encantadora Circe, y la singular belléza de la maga.

Pero el *haschisch* iba ejerciendo su narcótico influjo, y el martilleo de los versos y los acompasados sonos del laud completaron el efecto del mágico néctar. Hixem comenzó á entornar los ojos, y entreabriéndosele la boca con vaga sonrisa, que dejaba ver sus blancos y menudos dientes, asió la mano de Zoraya, que estaba á su derecha, é inclinándose poco á poco, acabó por posar la cabeza en el hombro de la hermosa, quedándose dulcemente traspuesto, miéntras ella le echaba aire en el rostro con su abanico de plumas.

Aléxis cesó de cantar, devolvió á Sélima su laud, y todos quedaron en silencio para no turbar el beato sopor del Califa, que, segun la placentera expresion de su semblante, debia en aquellos momentos vagar por el séptimo cielo entre las vírgenes de Mahoma.

Mas á poco de hallarse en aquel estado, siniestro rumor, parecido al retumbar lejano de amenazadora tempestad, vino repentinamente á interrumpir el sosiego de aquel ameno retiro. Las odaliscas permanecieron mudas, pero cambiaron entre sí miradas de sobresalto. El rumor fué creciendo gradualmente y haciéndose cada vez más distinto, hasta convertirse en espantoso estruendo, en que se percibian, si bien todo mezclado y confuso, los ecos de añafles y atambores, el estrépito de la caballería, el

choque de las armas y los salvajes leñes de los berberiscos. Al mismo tiempo una nube de polvo, elevándose en la atmósfera, se fué extendiendo como un sudario sobre los jardines. No cabia duda: las tropas de Abderahman y las de Mohamed habian venido á las manos, y en la misma plaza del palacio estaban riñendo una sangrienta, descomunal batalla.

Las aves habian tambien enmudecido, y se escondian amedrentadas en lo más espeso de los árboles. Sólo el manantial continuaba su flébil murmurio, como si llo-rase entre las peñas.

En la alterada faz de las odaliscas se traslucia la más viva ansiedad. Aléxis, inmóvil, con la lira rota á un lado, juntas las manos y la vista fija en el suelo, parecia la estatua de un monumento sepulcral. Y en medio del azorado grupo, Hixem, con la gozosa embriaguez del *haschisch*, dormitaba sonriente y descuidado sobre el blando cuello de su favorita, como si no hubiese para él motivo alguno de temor ó alarma, y la paz y la alegría reinasen en torno de su palacio.

De súbito se oyeron pasos precipitados; apareció Wadha, y acercándose con ademan resuelto al Soberano, le gritó:

—¡Señor, señor!

Hixem abrió los ojos, mirando en derredor de sí con aquel aire extraño de incerteza y estupor del que sale bruscamente de un sueño.

—Perdona, continuó Wadha, que venga á turbar tu reposo. Mi primer deber es velar por tu sagrada persona.

—Pero..... ¿de qué se trata? ¿Qué ruido es ése? ¿De

dónde viene este polvo y este humo que me ciega?

— Se trata, señor, de que en este momento parte de la ciudad es presa de las llamas; de que en tu propia capital, á las puertas mismas de tu alcázar, Mohamed y Abderahman están luchando en horrible combate. Hasta ahora la balanza está suspensa en las manos del destino, como si ninguno de ellos mereciese que á su favor se inclinára; pero el desenlace no puede tardar, y en la incertidumbre del éxito, lo mejor de todo es evitar el peligro y ponerse al abrigo de cualquier intento criminal.

— ¿Qué riesgo puedo correr?

— Si Mahomed triunfa, ninguno al parecer; mas si es vencido... piensa que estás en sus manos. Sus árabes te cercan, y al tener que emprender la retirada, te llevará, sin que le ataje respeto alguno, en medio de su hueste, haciendo inútil la victoria de su adversario; que allí donde se hallare el Califa, allí estará la cabeza del imperio.

— ¿Y qué hacer?

— Disfrazarte, y no bien se ponga el sol, salir conmigo de aquí. Yo te ocultaré en lugar seguro. Y con reconocer por hagib al que venza, podrás muy luégo volver tranquilamente á tu palacio.

— ¿Y si fuese descubierto al salir?

— Hay que afrontar ese peligro remoto para evitar otro cierto y seguro. Además, en ese caso toda la responsabilidad caerá sobre mí. Sé que expongo la cabeza, pero se trata de salvar el califato, y Dios me ayudará.

— ¿No podríamos evadirnos por algun portillo excusado donde no hubiese guardia?

— Los soldados de Mohamed cercan todo el edificio.

No hay salida que no esté tomada... ¡Ah! si existiera aún y pudiera yo averiguar... imposible...

— ¿Qué? acaba.

— Nada, señor; una idea sin aplicacion al caso presente: me asaltó el recuerdo de que en otro tiempo hubo una mina en estos jardines, que conducia... no sé adónde. Pero en dos años que vivo á tu lado, ni oí hablar de semejante cosa. Sin duda desapareció en las obras que tu padre Alahken llevó á cabo en esta mansion.

— Es verdad. No recuerdo si en los dias de mi buen padre ó despues; pero sí que siendo yo niño se destruyó esa mina.

— No hay, pues, que pensar en ello. Despójate de esas galas; reviste el sayo de uno de tus siervos; envuélvete en un haik ordinario y confíate á mi lealtad.

Aléxis, en quien habian causado vivo afan las palabras de Wadha, vacilando un momento entre hablar ó callarse,

— Señor, prorumpió al fin, dirigiéndose á Hixem, si permites que tu humilde criado diga una palabra, acaso pueda pagarte hoy con ella los muchos beneficios que te debe.

— Habla, pues.

— Esa mina existe aún; mas ignoro, añadió volviéndose á Wadha, si está practicable. Habiendo frecuentado estos jardines en mi infancia, todo en ellos me es conocido.

Un rayo de luz iluminó la sombría faz de Wadha, que exclamó:

— Aléxis, si es verdad lo que afirmas y me ayudas á

salvar á nuestro señor, el galardón que recibas será mayor que cuanto puedas soñar.

— Nada ambiciono. Mi deber es servir á mi dueño. Si logro contribuir á su bien, ¿qué mayor recompensa?

— Ahorremos palabras : muéstrame la mina y veamos si está practicable.

Sin más dilación Aléxis condujo á Wadha á un extremo del jardín, donde el terreno se levantaba con pintorescas ondulaciones ; y atravesando un bosquecillo de acacias, se acercaron á un grupo de rocas cubiertas de hiedra. Formaban éstas, por un lado, una especie de nicho, á modo de garita, alto y estrecho, dentro del cual entraron los dos, uno tras otro, siendo asaz angosto el acceso. Aléxis alzó los ojos á un postiguello de hierro muy enmohecido que habia á cierta altura, y que parecía cubrir, y cubria en concepto de los jardineros, un antiguo registro de aguas abandonado ; mas viendo que no podia llegar allí por más que se empinase, salió de la cavidad y tornó á poco trayendo un banquillo rústico. Subió en él y empezó á tantear la manera de abrir el ferrado portillo.

— Sin llave, dijo volviéndose á Wadha, ó siquiera algun hierro-agudo, es inútil empeñarse en abrir esta arquilla, y ella encierra todo el secreto.

— ¿ Vale mi puñal ?

— Es posible.

Wadha se lo alargó, y Aléxis, introduciendo por el ojo de la llave la punta del arma, le dió media vuelta, y rechinando la cerradura, quedó abierta la puertecilla. Apareció entónces un reducido hueco con unos tubos de

hierro muy oxidados, y en ellos tres llaves de bronce verdoso, simétricamente colocadas; todo lo cual era muy á propósito para confirmar á cualquiera en la creencia de no ser aquello otra cosa que un antiguo registro de aguas inutilizado. Sin perder momento, Aléxis dió cierto número de vueltas en diverso sentido á cada una de las llaves, tornando á cerrar despues el nicho como estaba. En seguida, acompañado de Wadha, bajó un re-cuesto, y tomando una senda que lo circuia, llegaron en breve á una especie de ojiva abierta en lo más escarpado, por la cual ambos entraron en una gruta formada de peñascos húmedos y musgosos. Nada de particular se advertia en ella, y como era pequeña y sin rompimientos interiores, ni más abertura que la de la entrada, todo su espacio se abarcaba fácilmente con la vista. Por algunas grietas se notaban filtraciones, y en torno de las sinuosas paredes se veian viejos útiles de jardinería, que estaban allí como arrumbados. Aléxis consideró un momento la disposicion de las peñas, y cogiendo del suelo un roto almocafre, dió en una de ellas con el mango dos golpes secos, empujándola despues con el puño. A la presion, aunque algo premiosamente, la piedra giró sobre sí misma, dando lugar á una negra hendidura, por la cual cabria el cuerpo de un hombre, y de donde salió una bocanada de aire tibio y nauseabundo, como proveniente de un subterráneo. Wadha no pudo contener un grito de satisfaccion y de sorpresa, y agarrando del brazo á Aléxis y llevándolo á la puerta de la gruta, fijó con cierta malicia su penetrante mirada en los tímidos ojos del juglar y le dijo:

— Aléxis, tú conoces esa mina y sabes adónde conduce. Dímelo todo. Va en ello la salvacion del Califa y acaso mi cabeza. En cambio, cuenta con mi proteccion.

— Es verdad : sé dónde va á parar ese subterráneo; pero tampoco ignoro lo que cuesta saber ciertas cosas en un palacio.

— Confia en mí y nada receles. Si ha de serme de provecho tu revelacion, fuerza es que lo sepa todo.

— Va á parar á la *Torre de la Cautiva*.

— ¿Cómo?... y los que allí habitan...

— Allí no hay nadie más que el viejo Fayik, que vive del huerto y custodia las ruinas.

— ¿Y sabe el secreto?

— Nada sabía, y en realidad nada sabe aún, pues aunque hace poco tiempo, por haberse hendido la pared de un sótano, descubrió la boca de la mina, no dudó, y yo lo confirmé en su idea, de que aquello fuese un antiguo enterramiento; y supersticioso como es, se apresuró á tapar el boquete lo mejor que pudo, y dejó condenada la puerta del sótano, donde no ha vuelto á poner los piés.

· Siguióse una breve pausa, en que Wadha parecia reflexionar; mas Aléxis, como si temiese las conjeturas que el esclavo pudiera hacer en su mente, creyó oportuno entrar en ciertas explicaciones y continuó:

— No Alahken, Almanzor fué quien mandó cegar esa mina; pero el difunto ben Mosen, primer alarife de palacio, recibió secretamente una contra-órden de la Sultana, y fingiendo cumplir el mandato del hagib, sólo hizo desaparecer la antigua entrada, abriendo este oculto y misterioso ingreso...

— ¿Y tú cómo sabes?...

— Yo era niño entónces. Mi madre gozaba de la privanza de Sobeya, y miéntras la córte estaba en Zahra, yo pasaba la vida en estos jardines...

— Basta, interrumpió Wadha con impaciencia. Dejemos abierta la boca del subterráneo, y ántes que sea más tarde vamos á disponer la evasión.

Wadha y Aléxis se encaminaron de nuevo al sitio donde se hallaba Hixem. Pero al mismo tiempo que ellos, un tropel de caballeros árabes, con Mohamed al frente, se presentó al Califa.

— Hijo de Alahken y de Sobeya, dijo el caudillo rebelde con tono arrogante, príncipe de los creyentes, salud. Nieto como tú de Abderahman III, corrí á proteger la majestad del sólio y defender los derechos de nuestro excelso linaje. Bendito Alá, vencidas fueron la perfidia y la traicion, y escarmentados los bárbaros africanos. La cabeza del audaz hagib, que osó apellidarse *Nasr el edin* (defensor de la ley), como nuestro ínclito abuelo, mi propio brazo la hizo rodar por el polvo. ¡Justo castigo del que en su loca ambicion aspiraba, sin derecho alguno, á sucederte en el califato! Los fieros berberies que sostenian su causa, arrojados de la ciudad, huyen por esos campos á la desbandada. Ya eres libre, nada tienes que temer. Hijo de Alahken, acude al balcon de tu alcázar; las haces vencedoras te esperan formadas en la plaza para victorearte: vén á recibir sus entusiastas aclamaciones.

Y el débil inconstante Hixem, que pocas horas ántes habia manifestado tan vivo disgüstó porque no llegaba

á tiempo de tomar parte en los juegos su histrion favorito, oía sin la menor emoción el trágico fin de su primer ministro, del hombre á quien habia distinguido y honrado sobre todos los demas, hasta el punto de creerle digno del trono; y acompañado de Wadha y de Mohamed, ya de hecho su nuevo hagib; por la senda más corta se dirigió al edificio, con objeto de mostrarse al partido triunfante y recibir la preparada ovation.

El crepúsculo se desvanecía y empezaba á cerrar la noche cuando el Califa y sus dos acompañantes aparecieron, entre antorchas encendidas, en el gran balcon del alcázar. El espectáculo que se ofreció á su vista no podia ser más fantástico y grandioso, ni más lúgubre y aterrador. La caballería árabe, en apretadas filas, formaba cuadro en la extensa plaza, y en medio, entre un monton de cadáveres, veíase sobre una pica, fija al extremo de un poste para darle mayor elevacion, la livida cabeza, goteando todavía, del desgraciado Abderahman; y toda aquella escena iluminada por los resplandores del incendio que en una de las calles contiguas devoraba el rico palacio de la familia de Almanzor, de aquel grande hombre que tanta gloria dió al imperio andaluz, y ante el cual los más díscolos enmudecian, los más soberbios se humillaban.

Hixem contempló impasible, no dirémos con íntimo gozo, aquel cuadro terrible y conmovedor. ¡Quién sabe si en aquel momento él, que tanto se complacia con los cantos de los rapsodas, que le recitaba con arte sumo su favorito Aléxis, no se figuraba estar presenciando los patéticos horrores de la última noche de Ilion! ¡Quién sabe

si no sentia algo parecido á lo que debió sentir el hijo de Agripina cuando, poseido de artístico furor, contemplaba desde una altura abrasarse Roma en las llamas que su propia mano habia encendido!

Al mostrarse el Califa, las tropas le presentaron las armas y prorumpieron en calurosos vivas, en que, al par del suyo, era aclamado el nombre de Mohamed.

Hixem oyó indiferente los vítores de los que se llamaban sus libertadores; y contento de que la crisis de un modo ó de otro se hubiera resuelto, nombró su hagib á Mohamed, revistiéndole de las más amplias facultades; aceptó sin contradicción cuantas medidas le propuso, le entregó los sellos califales, y volvió á sepultarse en el interior de su palacio.



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife  
CONSEJERÍA DE CULTURA

---

## II.

Pasaron varios días desde los sucesos referidos, y Aléxis, acostumbrado á que su señor lo asociara á sus juegos y placeres, veía con amarga extrañeza la especie de olvido en que, al parecer, lo tenía, pues no había vuelto á llamarle al alcázar.

Aunque Aléxis era un servidor asalariado, no pertenecía á la servidumbre que podríamos llamar interna de la casa del Emir, ni, dadas las costumbres árabes, un extranjero, y ménos de sus circunstancias, podía residir en ella. Pero como Hixem manifestaba gran predilección por el ingenioso juglar, cuyas dotes eran su encanto y cuya inventiva hallaba siempre recursos para ahuyentarle el tedio, no quería que estuviese demasiado lejos de su persona, y lo tenía en Zahra, su residencia habitual, donde Aléxis vivía con su madre Justina en una casita que á ella le había donado, en recompensa de sus servicios, la sultana Sobeya.

Era Justina mujer como de cincuenta y cuatro años y viuda de un mercader griego. Hacía más de cinco lustros que su marido vino en su compañía á la capital andaluza con un surtido de ricas telas y objetos preciosos;

pero habiendo realizado ventajosamente sus géneros, ansioso de mayor lucro, dejó en Córdoba á Justina y á su hijo, de cortísima edad entónces, y se embarcó para Esmirna con objeto de traer de allí nuevas mercancías. Aunque el viaje empezó feliz, una furiosa borrasca que á los pocos dias sobrevino, sepultó la nave en el fondo del mar, y con ella al pobre mercader y cuanto llevaba, que era toda su hacienda.

Cuando Justina supo su terrible desgracia, estuvo á pique de volverse loca; pero en el amor de madre halló fuerza y energía para luchar con la adversidad.

Era la jóven viuda muy habilidosa en labores de su sexo; cantaba y tocaba la cítara, y poseia ademas varios secretos para defender de la injuria de los años el esplendor de la belleza. Con tales prendas y cualidades no le fué difícil obtener el favor de la poderosa Sobeya, que la tomó á su servicio, y hasta el fin de su vida la conservó á su lado, dispensando tambien su valiosa proteccion al hijo de la griega.

Pero desde la muerte de la Sultana, siendo ya otras muy distintas las circunstancias de aquella córte, no abrigó Justina más que un deseo: volver á Constantino-  
pla, donde habia nacido. Como buena griega no dejaba de ser perspicaz, y no se le ocultaban los gérmenes de discordia que encerraba la metrópoli andaluza, ni los peligros que amenazaban al débil Hixem, condenado á ser juguete de revoltosos caudillos. Ocurríale, por otra parte, que aquélla no era su patria, que allí estaba postergada su religion, habiéndose visto ella misma en la triste necesidad de esconder su fe y áun de fingirse musul-

mana; culpa de que, un día y otro, compungida y llorosa, pedia á Dios que la perdonase, y por la cual habia ofrecido una funcion de desagravio en el templo de Santa Sofia. ¿Qué tenia ya que esperar en Córdoba? Era libre, y con lo que honradamente habia acumulado cerca de su protectora podian vivir ella y su hijo tranquilos y felices á orillas del Bósforo.

Desgraciadamente Aléxis no veia las cosas bajo el mismo aspecto; y aunque sin rechazar los proyectos de su madre, tal vez aprobándolos en su fuero interno siempre que se trataba de realizarlos, él opinaba que debian aplazarse para momento más oportuno.

Pero ese momento, despues de los terribles sucesos que acababa de presenciar la capital, habia llegado ya en concepto de Justina, ó no llegaria nunca. Además, ¿qué mejor ocasion de partir que aquella en que Aléxis parecia olvidado en palacio? Ni ¿qué mayores motivos para decidirse, que verle en tan gran desasosiego por ese olvido... con otros síntomas que tampoco se le habian escapado á la viuda, y en su desvelo maternal la tenian profundamente alarmada?

Creciendo su ansiedad, sé resolvió al fin á salir de aquel estado y á tentar con su hijo un esfuerzo supremo para determinarle á abandonar los dominios de Hixem. En tal disposicion de ánimo, y muy poseida de su intento, se fué una mañana al jardin pensando que Aléxis estaria allí cultivando las plantas, su ocupacion favorita y á que solia entregarse á aquellas horas. No lo halló, sin embargo; y preguntando por él á Kinza, vieja africana que la servía, supo que habia salido muy temprano

y que no habia vuelto aún. Justina se resignó á esperar.

Trascurrieron algunas horas : la de comer se acercaba, y Aléxis no parecia. Su madre empezaba á manifestar cierta inquietud, cuando llamaron á la puerta, y Kinza corrió á abrir, creyendo que sería él; mas á poco tornó sola, mostrando un rollito de vitela, que un desconocido le habia dado para Aléxis, con una moneda de plata para ella y muchas recomendaciones de que no se le olvidase entregarlo.

Justina cogió el rollito de pergamino y lo examinó con curiosidad, revolviéndolo entre los dedos. Como venía sin sello y solamente atado con un cordoncillo de seda verde, no pudo resistir á la tentacion de saber el contenido, y desatando el lazo, desarrolló la pulcra y olorosa vitela; pero en ella nada se veía, apareciendo por dentro, como por fuera, de inmaculada blancura.

Era Justina mujer de entendimiento cultivado, y habia vivido demasiados años al servicio de la sultana Sobeya para no comprender que allí habia algo escrito, acaso la clave de la repugnancia de su hijo á dejar á Córdoba. Y aunque sin seguridad en el éxito, fué al hogar, y con ciertas precauciones acercó á la brasa el misterioso pergamino. No salió vana la prueba, pues apenas se calentó la piel se manifestaron estas palabras: «Mañana una hora ántes de la luna. Dos golpes.» Imposible dudar de que no fuese aquello una cita, y cita de mujer, lo cual, si era á propósito para aumentar su zozobra, no daba mucha luz á Justina. Ciertamente veia confirmadas sus sospechas de que su hijo andaba en arcanos de amores; pero ¿quién era ella? Hé ahí el enigma que no

lograba descifrar, si bien lo que ya sabía le bastaba para vivir en perpétuo desasosiego y no tener más afán que alejarse de aquella tierra, donde sólo presentía desventuras y lágrimas.

Enterada de la misiva, volvió á enrollarla y á atarla con prolijo esmero, dejándola luégo sobre un velador, con tal oportunidad, que casi al mismo tiempo se presentaba Aléxis.

— ¡Gracias á Dios y á la Virgen! exclamó Justina, yéndose á él y dándole un beso con maternal ternura. Desde que han venido estos aciagos dias, siempre que sales me quedo impaciente. No respiro hasta que vuelves á entrar:

— Vana aprension, madre mia. En nuestra oscura condicion, sin aspirar á nada y ajenos á la pugna de los diversos bandos, ¿qué podemos nosotros temer?

— Ciertamente valemos muy poco, pero lazos de gratitud nos ligan á Hixem II, y los beneficios recibidos suelen imputarse como un crimen cuando se hunde el poder que los dispensó.

— Ningunó más reconocido que yo al desgraciado Califá, ni que más deplora su infausta suerte; pero, cualquier cosa que le suceda, ¿quién ha de pensar en nosotros? Tú vives en este modesto albergue enteramente ignorada, y á mí, fuera de los servidores íntimos de palacio, nadie me conoce. Y para ellos mismos no soy más que un pobre juglar, á quien se paga para que distraiga un rato los ocios de un rey imbécil. Y no lo es por cierto, aunque sí débil é indolente, y sobre todo demasiado bueno..... ¡Pobre Hixem! Ya me figuraba yo que al-

go extraordinario acontecía, cuando no me mandaba á llamar.

— ¿Qué ocurre?

— Es verdad que no te lo he dicho todavía. El desventurado Hixem está enfermo, y enfermo de gravedad: así lo han hoy anunciado al pueblo desde los mimbares, y en la aljama se han celebrado solemnes rogativas.

— ¡Pobre niño! exclamó sollozando Justina, que conocía al Emir desde su infancia, de la cual, á sus ojos, no había nunca salido.

— ¡Pobre bienhechor nuestro! dijo á su vez Aléxis. Y lo peor es.....

— ¿Qué? preguntó con curiosidad Justina, viendo que no acababa la frase.

— Lo peor..... repitió Aléxis bajando la voz con aire misterioso, que tal vez no sea natural su dolencia. Abderahman se contentó con hacerse declarar *wali alhadi*. Acaso Mohamed, ménos escrupuloso ó más impaciente que su antecesor, quiera desde luégo llamarse califa.

— Hijo, repuso Justina muy asustada y mirando en derredor, borra esa idea de tu mente, y, por los clavos de Cristo, no repitas á nadie esas palabras. Que Dios acorte ó alargue la vida de Hixem, mi resolución está tomada. Sin más dilaciones es forzoso partir. Todo lo tengo ya arreglado con el hebreo Nataniel. Nuestro pequeño tesoro lo llevaremos nosotros mismos. De Málaga zarpará ántes de un mes una nave para Oriente, y en ella podremos irnos. Lo único que dejamos aquí es esta casita; pero Nataniel, cuyo afecto y probidad conoce-

mos, nos adelantará sobre ella parte de su valor, y el resto, cuando la venda, que no le será difícil, él hallará medio de ponerlo en nuestro poder.

—No te precipites, madre mia. Antes de llevar á cabo esa determinacion, veamos siquiera si sana ó fallece el Califa.

—Bien sabes que no parto de ligero. Desde la muerte de la Sultana formé este designio, y sólo por complacerte no lo he realizado hasta ahora. Dilatarlo más; imposible. Será manía, supersticion, llámale como te plazca; pero una voz interna me dice que en Córdoba está nuestra ruina, y me hallo resuelta á salir de aquí para Málaga antes de ocho dias. ¡Ah! Si no quieres que tu anciana madre se muera de pesar, no me detengas más, por Dios, en esta tierra de desventuras.

Y Justina se puso á llorar, y el hijo tambien, sin contestar palabra. La vieja Kinza vino oportunamente á interrumpir este duo de lágrimas, diciendo á sus amos con cierto dejo de reconvencion que no era suya la culpa si el arroz se iba convirtiendo en engrudo, y en carbon la pierna de cabrito á fuerza de retostarse en el hogar, pues hacía más de media hora que debia haberse servido la comida.

La madre y el hijo comprendieron lo justo y razonable de la admonicion de la criada, y dirigiéndose todos al comedor, que era la pieza inmediata, Kinza cogió al paso el rollito de vitela del velador en que yacia, y se lo entregó á Aléxis con la oportuna explicacion. Justina se adelantó entre tanto, haciéndose la desentendida, y Aléxis, guardándose el billete sin abrirlo, y disimulan-

do la emocion que el recibirlo le causára, entró en el comedor un momento despues que su madre.

No hay que decir si la comida fué triste y silenciosa. Apénas terminada, ambos salieron al jardin, y Justina se puso á regar unos búcaros de flores. Aprovechándose entónces Aléxis de la libertad en que la ocupacion de su madre le dejaba, voló á la cocina, echó en un brasero unas áscuas, y se fué á encerrar en su cuarto, donde, exponiéndolo al fuego, pudo leer lo que el pergamino contenia. Sus lánguidos ojos se animaron con súbita luz, y todas las nubes que en los dias anteriores se habian amontonado sobre su frente, con aquellas cuatro palabras, como por encanto, se desvanecieron.

Pasada la primera impresion, volvió á leer el billete, y se quedó suspenso y meditabundo. Parecíale extraño que su madre nada le hubiese dicho sobre la misiva, que seguramente habia visto ántes que él, y pensó si tal vez la habria leído, explicándose así el temor y zozobra que manifestaba, y sus pavorosas frases, y el afan por alejarse de España. Aunque el ser invisible la tinta á ménos de expuesta á la accion de la lumbre, y la ignorancia del secreto en que suponía á los demas, debilitaban bastante en su ánimo aquellas sospechas. Como no hay, por otra parte, nada más egoista y exclusivo que el corazon de un amante, pronto se olvidó de los fatídicos augurios y sombrías aprensiones de su affigida madre, y la idea de la dicha que le aguardaba lo absorbió completamente, no dejando lugar en su imaginacion á ningun otro pensamiento.

Puesto el sol, Justina y su hijo se juntaron cerca de

una mesa, al lado de una ventana que daba al jardín, y tenían abierta para gozar del fresco de la noche y aspirar los aromas, de que se cargaban las auras al pasar por los deliciosos pensiles del mágico alcázar, ántes tan alegre y animado, y tan solitario y silencioso ahora con la ausencia de su señor.

Justina, aunque en tono más sosegado, volvió á su tema del viaje anterior, y empezó á ponderar las magnificencias de la ciudad de Constantino y lo mucho que aventajaba Santa Sofía á la aljama cordobesa; y lo incomparablemente superiores que eran las orillas del Bósforo á las del Guadalquivir.

Ya entrada la noche, Justina se dirigió á una alacena disimulada en la pared, y abriéndola, apareció un altarito, encima del cual se ostentaba, entre dos velas, una tablita bizantina, representando á la Santísima Virgen, revestida de un amplio extendido manto, y con el Niño Dios saliéndole del costado izquierdo. Sobre la ennegrecida pintura relucian, ornando las sagradas cabezas, sendas coronas de plata sobrepuestas, y del propio metal, con primorosos realces, era el marco que ceñía el cuadro. Justina encendió las dos velas, y madre é hijo se postraron ante la venerada imágen, como todas las noches tenían costumbre de hacerlo, ántes de recogerse.

¡Cuán diversa, no obstante, era la expresion de cada uno de ellos! Justina rezaba con vehemente fervor y los ojos llenos de lágrimas, como quien halla en la oracion consuelo y desahogo; él movía maquinalmente los labios con aire soñador y distraído. Ciertamente pronun-

ciaba las santas palabras del *pater* y del *ave*, pero sin aquel movimiento del ánimo que levanta el corazón y vivifica la plegaria. Aquellos sagrados conceptos eran en su boca ecos sin alma y sin sentido. Aunque de hinojos ante la devota imagen, su profano pensamiento estaba mucho más con las voluptuosas huries de Mahoma que con la pura, inmaculada Reina de los ángeles.

Terminado el rezo, la madre y el hijo se abrazaron cariñosamente, y cada cual—ella profundamente triste—se retiró á su aposento.

Ni Justina ni Aléxis pudieron fácilmente conciliar el sueño aquella noche. Ella, exagerándose los peligros á que su hijo se exponía, é invocando la ayuda de Dios para conseguir al fin arrancarlo de Córdoba; y él, que, si enamorado de Sélima, como ya habrá colegido el lector, amaba tiernamente á su madre, combatido por opuestos sentimientos, luchando en su alma la pasión y el deber.—«Si mi madre, decia para sí en su agitado insomnio, hubiese leído la carta y supiera el secreto de estos amores, ¡cuán grande sería su ansiedad! ¡Pobre madre, lo que te hago sufrir!... Sin embargo, ¿cómo no acudir á la cita?... ¡Ah! si Hixem muriese... Pero entonces ella sería libre, y si de véras me ama... ¡Qué locura! Acostumbrada á tantos esplendores, encanto del harem imperial, ¿había de unir su suerte á la de un mísero histrión? Ella, que veía á sus piés los más brillantes guerreros, los más fastuosos emires, ¿cómo había de contentarse con el oscuro porvenir que puedo ofrecerle?... Luégo, el sacrificio de su fe religiosa... Tienes razón, madre mia; es forzoso partir, y áun á costa de mi

dicha te seguiré á Constantinopla, cumpliendo mis deberes de cristiano y de hijo...»

El cansancio y la laxitud lo rindieron, al fin, en brazos del sueño, y libre ya su fantasía de las trabas de la razon ó los avisos de la conciencia, se entretuvo en forjar el resto de la noche las más dulces y risueñas quimeras de amor y felicidad.

Al día siguiente le dijo á su madre que iba á Córdoba á informarse de la salud del Califa, y que no regresaría hasta el anochecer, pensando pasar la tarde en la *Torre de la Cautiva*, en compañía del viejo Fayik, pues hacía una semana que les había enviado los mejores higos de su huerta, y ni las gracias le habían dado todavía. Por lo cual, y para corresponder al obsequio, no estaría de más llevarle alguna chuchería y una ampolla de vino añejo, que seguramente, aunque musulman, no lo desdeñaría.

Estas prevenciones de Aléxis desorientaron un tanto á su madre, pues sabiendo que tenía una cita nocturna en Córdoba, le chocaba que eligiese aquel día para obsequiar á su amigo, y más aún que se propusiera estar de vuelta en Zahra al anochecer. Con todo, como en lo del presente á Fayik no podía encontrar malicia, Justina complació á su hijo de muy buen grado, acondicionando en un cestito de palma unas sabrosas empanadas, obra de sus manos, y una pequeña corambre, que contendría como un azumbre de generoso néctar de la Sierra.

Cuando todo estuvo preparado, Aléxis, colgándose al brazo el precioso cesto y ocultándolo bajo el capellar, tomó el camino de la *Torre de la Cautiva*.

Designábase con tan poética denominacion un vetusto edificio que, aislado en el campo, no léjos de la Rusafa se descubria; mezquino en sí y de ninguna importancia, dábale, sin embargo, carácter y color una torre románico-arábica, medio arruinada, que se levantaba al uno de sus costados. En torno se extendia un huerto cultivado con bastante esmero, y toda la propiedad, que no era grande, se hallaba cercada con una tapia de ladrillo, que desportillada por unas partes y desconchada y grieteada por otras, al par que la injuria de los tiempos, mostraba el abandono de sus señores.

Estos no eran otros que los califas cordobeses, los cuales, teniendo tan á la mano los prodigios y magnificencias de Zahra, no iban á parar mientes en aquella bicoca sin alicientes de ningun género, y situada, ademas, en un paraje que no pasaba por muy salubre. Su romántico nombre tomaba origen de haber sido aquella torre, segun tradicion, encierro de una cristiana cautiva de singular belleza, y de la cual estuvo enamorado uno de los abuelos de Hixem; aunque otros pretendian no haber sido aquello en lo antiguo más que un tranquilo apartamiento, donde Mohamed I habia establecido una escogida biblioteca, y se complacia en pasar sus ocios, ya dedicado á las letras, ya cultivando un ameno huerto que él mismo habia plantado.

Sea de ello lo que quiera, es el caso que aquella posesion, decaida de su antiguo brillo, si alguna vez lo tu-

vo, y relegada al olvido por sus dueños, solía destinarse, de tiempo inmemorial, á albergue y retiro de viejos servidores, á quienes se les concedía como conserjes del edificio y usufructuarios del huerto. En ese concepto, y por fallecimiento del que ántes la disfrutaba, se la dió el omnipotente Almanzor al viejo Fayik, antiguo criado suyo.

Era Fayik hombre como de setenta años, no muchos alcances, recio todavía y de carácter franco y bonachon. Y áun habria sido excelente musulman sin su amor excesivo al néctar de los cristianos; afición que se le pegaría tal vez de su amo y protector, quien, á pesar del precepto, se deleitaba á menudo con el licor de la vid; verdad que lo que perdía por un lado en las vías del Paraíso, lo ganaba por otro, extendiendo los dominios del Coran con la punta de su espada.

Fayik vivía solo con su sobrino, de nombre Azam, mozo de poco más de tres lustros, algo medroso y creyendo que la ruinosa torre era en las altas horas de la noche visitada por trasgos y vestiglos. Mas, aparte sus necias aprensiones, de buen natural, ágil, robusto, los piés y las manos del tío, así en los cuidados de la casa como en los trabajos de la huerta.

Trataba Aléxis desde la niñez al viejo Fayik, con el cual habia siempre mantenido buenas relaciones, y siendo el griego muy aficionado á horticultura, sobre la cual poseía ciertos conocimientos, le habia dado en ocasiones provechosos consejos, y áun ayudado materialmente en el cultivo de los frutales. Fayik le pagaba sus amistosos servicios con afecto casi paternal y enviándo-

le en la buena estacion un cesto de ricas ciruelas ó sabrosos higos, que era lo mejor que se criaba en su huerto.

Estas relaciones que entre ambos mediaban se habian resfriado algun tanto, escaseando Aléxis cada vez más sus visitas, cuando un dia, pasando por allí casualmente, se le ocurrió entrar á saludar á su amigo, al cual encontró muy preocupado con un extraño descubrimiento que habia hecho. Segun le refirió Fayik, habia bajado aquella mañana á un sótano de la casa con objeto de colgar en él alguna fruta, y al clavar una escarpia en la pared, se abrió de pronto una oscura y profunda grieta. Llevado de la curiosidad, ensanchó la hendidura y se halló con una verja de hierro, que parecia cerrar la entrada de otro sótano más profundo. La vista de aquella negra boca heló de terror á Azam, antojándosele que de ella salian lúgubres ecos y lamentables voces, y al mismo Fayik, aunque nada oyese, no dejó de atemorizarle. Así renunció á llevar adelante sus investigaciones, sacando de allí sus frutas y cerrando el sótano á piedra y lodo. Al escuchar el suceso, Aléxis sintió en su mente como la luz de una revelacion, y pidió á su amigo que le dejase ver aquella curiosidad. Bajaron ambos al sótano, y Aléxis, agrandando el boquete, descubrió por completo la verja, y vió que, en efecto, cerraba el ingreso de un subterráneo. Al tratar Aléxis de abrirla, para lo cual se hacía necesario forzar la cerradura, Fayik se opuso seriamente á que siguiera en su intento; pero Aléxis lo persuadió de la ventaja de registrar aquel antro misterioso, pues ¿quién sabía si no

se encontraba allí algún tesoro escondido? observacion que hizo mella en el ánimo de Fayik, que ya dejó á su amigo continuar la exploracion. Aléxis, no sin algún trabajo, consiguió abrir la verja, hallándose luégo con una galería abovedada, á la cual se bajaba por dos ó tres escalones, y que á los cortos pasos torcia á la derecha. Armado con una linterna que le proporcionó Fayik, á quien no se le iba de la cabeza lo del tesoro, descendió los peldaños, y á poco él y la luz desaparecieron enteramente.

Viendo que pasaba mucho tiempo sin que Aléxis tornára, Fayik se llenó de zozobra y acabó por llamar al sobrino, á quien no le quedó la menor duda de que los espíritus infernales se hubiesen apoderado de aquel infeliz. Ambos estaban muy perplejos, sin saber qué partido tomar, cuando Aléxis reapareció con la faz serena y les dijo que no se inquietasen, pues aquél subterráneo no era otra cosa que una antigua cripta; que tal vez estaban allí depositados los huesos de algún *marabout* (1), aconsejándoles, por lo tanto, que no profanasen aquel lugar, sino que tapasen la entrada con alguna puerta vieja del edificio y dejaran condenado el sótano como si no existiera, recomendándoles sobre todo que, por conveniencia propia, no hablasen de aquello á nadie. Los consejos de Aléxis fueron seguidos al pié de la letra. Y aunque Fayik no volvió á ocuparse más en el asunto, Azam, hasta que se acostumbró á la idea del subterrá-

---

(1) Religioso, santo. Las tumbas de los *marabouts* son particularmente veneradas.

neo, pasó muchas noches en claro, oyendo extraños ruidos y pensando ver por todas partes espectros y apariciones.

Desde aquel momento fué más que nunca estrecha la amistad entre Aléxis y Fayik. El griego venía frecuentemente á la *Torre de la Cautiva* y auxiliaba mucho más que ántes á su amigo en las labores del huerto. Y aún en cierta ocasion en que Justina fué á pasar unos dias á un pueblecillo de las inmediaciones con la familia de Nataniel, el hebreo á quien ella tanto estimaba, Aléxis se quedó de huésped en el hogar de Fayik. En este pié de intimidad se hallaban las relaciones que entre ambos existian, cuando Aléxis llegó con su cesto al brazo á la *Torre*, donde fué recibido con la cordialidad acostumbrada.

— Mucho te agradezco el presente, le dijo Fayik; mas para que mi satisfaccion sea cumplida, espero que me ayudes á gozarlo, y que, ya que no pudo ser á comer, te vengas á cenar con nosotros.

— Lo haria de buena voluntad, respondió el astuto griego, que se esperaba el convite; pero mi madre estaria con cuidado si llegase el anochecer y no me viese entrar. Los alrededores de Córdoba, en los tiempos que corremos, no están muy seguros.

— Pues entónces quédate á dormir. No será la primera vez. Pobre soy, pero, á Dios gracias, no me falta un lecho para un amigo. ¡Azam! — gritó llamando al sobrino — apareja la borrica y vé por el aire á casa de Justina. Dile que su hijo se queda á cenar con nosotros, y que no lo aguarde hasta mañana.

— En ese caso, dijo Aléxis, estaré aquí á la caída de la tarde, y ahora me marchó á Córdoba, donde tengo que hacer.

— Pues yo me voy á la cocina á sazonar alguna vianda que acompañe las empanadas y que pida un trago de ese malhadado néctar de los cristianos, que es nuestra perdición.

Y sin más, los dos amigos se separaron.

A la puesta del sol volvió Aléxis. Fayik atrancó bien la puerta que daba al campo, soltó al perro en la huerta, y entró con su huésped en una sala del piso bajo, cerca de la cocina. Era aquélla de hermosas proporciones, y no obstante su desnudez y deterioro, en el poyete de alicatado que la rodeaba, en las tracerías de los muros, mal encubiertas con profanas manos de cal; en el estropeado pavimento y en el oscuro techo de casetones de alerce, bien se veía que en algun tiempo debió cobijar á personas de más fuste que sus actuales moradores. Ahora todo su mueblaje y ornamento consistían en una antigua mesa de roble, poco más de un codo levantada del suelo, y en torno de ella ruedas de esparto ó palma de diversos colores, y unos cuantos escabeles de nogal. Sobre la mesa, donde ardía un gran velon de cobre con dos mecheros, estaba preparada la modesta cena, y descollaba un gran jarro, al que habia sido trasegado, para mayor comodidad, todo el contenido de la corambre.

El alcuzeuz no dejaba qué desear, las empanadas estaban exquisitas, y el apetito y la cordialidad no podían ser mayores. Al principio la conversacion tomó un giro algo triste, tratándose de las calamidades de los tiem-

pos ; pero el vino disipa las penas , y Aléxis llenaba á cada paso las tazas , que tío y sobrino se encargaban de vaciar en seguida. Asi al fin de la cena al sobrino se le habian pasado por completo sus medrosas aprensiones , y en vez de duéndes y aparecidos no veia más que soles y estrellas por todas partes , y al tío empezaba á trabársele la lengua , y los párpados se le cerraban con invencible pesadez. En ese estado se dieron las buenas noches , y Fayik y el sobrino , sosteniéndose mutuamente , se fueron al cuarto donde ambos dormian ; y Aléxis á una pequeña estancia , donde ya otras veces habia pernoctado , y que él mismo habia elegido , á pesar de haberle llamado la atención Azam sobre una ventana sin reja que daba justamente al patio interior , en que se hallaba el ingreso del pavoroso sótano. Ya en su aposento Aléxis , echó el cerrojo , y convencido de que sus huéspedes estarían como troncos , merced á los vapores del vino , encendió una pequeña linterna , pasó por la ventana al patio , abrió la puerta del sótano , se introdujo por ella , y volviéndola á cerrar , todo quedó sumido en la oscuridad y el silencio .

Miéntas el imprudente y enamorado griego se aventuraba en su nocturna expedicion , veamos lo que acontecia en los jardines del régio alcázar , donde algunos dias ántes hemos asistido á los juegos de Hixem .

---

El ala del edificio habitada por el Califa yacia en profundo sosiego ; no se percibia más luz en ella que cierto

vago resplandor en los ajimeces de la estancia en que Hixem solia cenar con Zoraya, que era entónces su favorita.

En la otra ala del alcázar, donde estaban los aposentos de las odaliscas, reinaba igual quietud, y todo envuelto en negra oscuridad. Notábase, sin embargo, una especie de bulto blanquecino ó vaporoso fantasma que iba y venía con lentos pasos por la contigua galería abierta sobre los jardines, y de vez en cuando, al escaso claror de las estrellas, se veía relucir algo como la hoja de un alfanje. La medrosa vision era sencillamente uno de los eunucos de la guardia especial del harem, que cumplia con su consigna, velando fielmente por el inapreciable tesoro confiado á su custodia.

A poco fué relevado por otro, que se puso del mismo modo, arma al brazo, á pasear acompasadamente. A la segunda ó tercera vuelta, sin cesar un momento de andar, tocó con un dedo, y de manera casi imperceptible, una pequeña puerta, situada en un extremo de la crujía. La puerta se abrió al punto sin ruido, y una sombra confusa atravesó como un soplo la galería; se deslizó por una escalinata que iba á los jardines, y borrándose completamente entre las matas y los árboles, siguió sin vacilar varios caminos y senderos hasta llegar á la gruta que ya conocen nuestros lectores, en cuyo negro recinto penetró rápidamente. Muy poco despues se oyeron en el interior dos golpes sordos, como dados en el reverso de alguna de las gruesas peñas que formaban el antro, á los cuales respondieron por la parte de adentro otros dos, apagados tambien, como si la roca hubiese sido herida.

con algun instrumento forrado en lana para embotar el sonido. En seguida una de las toscas piedras giró sobre sí misma, de igual manera que en la prueba verificada dias atrás delante de Wadha, asomando, en el estrecho espacio que dejó abierto, la cabeza de Aléxis, iluminada por la opaca claridad de su pequeña linterna, la cual tuvo cuidado de apagar al momento, no bien pasó por la angosta abertura.

— ¡Sélima de mi vida!

— ¡Aléxis de mi vida! dijeron á un tiempo, abrazándose en las tinieblas, el enamorado juglar y la infiel odalisca.

— Temia que no vinieses. Es tan difícil llegar hasta aquí.....

— ¿Y lo podías dudar? Yo no soy un guerrero, y mi natural es más bien tímido y blando; pero desde que te amo siento en mí una virtud extraña, una audacia de que no me creia capaz. Por un beso de tu boca expondria cien veces la vida. Si tengo miedo, es por tí, luz de mi corazón.

— Por mí no temas. Ayub vela en este momento, y es enteramente mio.

Cogidos de las manos los dos amantes salieron de la cueva y se sentaron en un banco rústico debajo de los árboles.

— Me parece un sueño que te tengo en mis brazos, dijo Aléxis, y que ha trascurrido un siglo desde el aciago día del triunfo de Mohamed, último en que te vi.

— ¡Ah, no me lo recuerdes! ¡Cuántos sustos, qué angustias me hiciste pasar! primero, al ver que no llegabas, y despues porque en tus palabras, en tu demudado semblante, en tu lira rota, comprendí los riesgos

que habrias corrido, los vejámenes que debiste padecer.

—Y no te engañaste. La soldadesca me trató bárbaramente. Cuando invoqué el nombre del Califa, lo recibieron con carcajadas y sarcasmos, y á no ser porque llegó á tiempo un jeque y contuvo el desenfreno de aquellos malvados, no sé lo que fuera de mí.

— ¡Pobre Aléxis!

— Bendigo aquellos trabajos, si por ellos fuí objeto de tu compasion. Miétras tú te afligias adivinando mis sufrimientos, yo, viéndote, me consolaba; y eso que no podia mirarme en tus ojos, como ahora me miro, á pesar de la oscuridad que nos rodea..... Pero embelesado contigo, aún no te pregunté por el desdichado Hixem. ¿Conque está de tanta gravedad?

— Eso nos dicen : nosotras no le vemos, pero yo sospecho.....

— Si se muere, ¿qué será de nosotros?

— ¿Lo dudas? ¿Pues no me amas? Si se muere, seré libre y seguiré los impulsos de mi corazon. ¿Qué me puede detener?..... ¿La vana promesa de hacerme su esposa, nunca cumplida? Tú lo sabes : yo era huérfana y sin amparo en el mundo cuando Sobeya, brindándome su proteccion, me introdujo en este alcázar, haciéndome creer que la suerte me reservaba una posicion igual á la suya. Y, sin embargo, ¿qué fuí yo aquí, ni qué soy, más que una pobre odalisca, un ruiseñor aprisionado, para que distraiga con sus gorjeos á un emir indolente y ocioso?..... Muchos aplausos, es verdad..... muchas dádivas, pero jamas una palabra de amor, ni una mirada de afecto y ternura. Si al tocar el desengaño no huí de este alcá-

zar, fué por tí, Aléxis mio. Al verte me alegré de mis burladas esperanzas; no sentí más las espinas del orgullo herido; bendije mi humilde situacion, y no tuve más afan ni más deseo que el que me comprendieras y llegases á amarme, como yo te amaba. Mis canciones tú me las inspiraste, y al entonarlas, me eran indiferentes los elogios y los premios de Hixem. Lo que yo buscaba era llegar con ellas al fondo de tu alma.

— ¡Tú, que mereces un trono, fijarte en mí!

— ¿Qué me importa tu oscura condicion? El dulce fuego de tus melancólicos ojos, la suave palidez de tu rostro, tu voz insinuante y expresiva, y la magia con que recitas tus peregrinas leyendas, y la nobleza y sentimiento con que tañes la lira, todo me rendia la voluntad y me cautivaba el corazon.

— Mi dicha es tan grande, que se me figura estar soñando y tengo miedo de despertar. Sélima, Sélima, ¿no son esas palabras seductoras un juego cruel para hechizarme y enloquecerme? ¿Será verdad que me amas tanto?

— Y si no lo fuera, repuso la odalisca con pasion, ¿crees tú que arriesgaria así mi vida por verte un momento? ¿Crees que habria descendido hasta humillarme á sórdidos eunucos y viles esclavas que mañana pueden perderme?

— ¿No confias en Ayub?

— A mí me debe el puesto que ocupa, y mis larguezas van más allá que su ambicion; pero el dia que mi último dinar ó mi última presea haya desaparecido en las fauces del cerbero, ¿quién sabe lo que podrá suceder? Además, Zaida, aunque nada sabe, algo sospecha y me tiene envidia.

— Ebrio de felicidad, no habia pensado en tan serios peligros. Tus palabras me infunden pavor... Si fueras descubierta...

— Por ahora no hay que temer. Nadie está en el alcázar para fijarse en mí. Por un lado la enfermedad, verdadera ó supuesta, del Califa; por otro, los cambios en la servidumbre. Todos, todos, hasta el mismo Áyub, están esperando ser expulsados.

— ¿Y Wadha lo consiente?

— Wadha no tiene fuerza para oponerse, y al fin él mismo caerá, no obstante su influjo con los esclavos.

— ¿Cuál puede ser el objeto de Mohamed?

— No lo sé: tal vez un plan siniestro; tal vez el odio á todo lo que es hechura ó recuerdo de la familia de Almanzor. La vaga claridad que noto me indica que empieza á salir la luna. Es forzoso separarnos.

— ¡Tan pronto!

— Detenerte más, imposible... Otro día...

— ¿Cuándo te volveré á ver?

— Si el Emir no te llama, te escribiré en la primer ocasion. A todo estoy resuelta. Esperemos los acontecimientos. En último caso, ancho es el mundo; me fugaré de esta mansion y huirémos de Córdoba.

— Tuyo soy, alma y vida.

— Adios... Ni un momento más.

— Adios, amor mio.

Y dándose un postrer abrazo, los dos amantes se separaron.

---

### III.

Desde que Mohamed habia hecho anunciar públicamente la supuesta enfermedad del Califa, Wadha, que, á pesar de todas las remociones llevadas á cabo en la servidumbre palaciega, se mantenía firme en su alto empleo, velaba con inusitado celo por la persona de su señor, descendiendo á los más nimios detalles, y sobre todo, examinando cuidadosamente los manjares y bebidas de la régia mesa, que, ántes de ser servidos, habia de probar irremisiblemente un oficial de boca.

Dedicado estaba el fiel camarero al cumplimiento de los sagrados deberes que en aquellas difíciles circunstancias su cargo le imponia, cuando le trajeron un billete de parte del hagib; abriólo en seguida, y vió que Mohamed lo llamaba con urgencia para asuntos importantes, sin decirle cuáles fuesen.

Como la espléndida morada en que el nuevo hagib se habia instalado estaba muy cerca del alcázar, Wadha no se hizo esperar, y á los pocos minutos se presentó en el gabinete en que Mohamed estaba despachando con sus secretarios. El hagib lo recibió con afectada cordialidad, y ofreciéndole asiento á su lado, despidió á las

otras personas, quedándose solo con él. Mohamed guardó algunos instantes reflexivo silencio, como quien se reconcentra para coordinar las ideas que va á exponer; despues se acercó á la puerta, echó por dentro el pasador, descogió la cortina, que era un hermoso tapiz tunecino, y volviendo á su almohadon, empezó de este modo:

— Si la confianza que me inspiras no fuese tan grande como la amistad que te profeso, no me determinára á dar este paso; pero sé dónde rayan tu cordura y penetracion. Yo no puedo olvidar que te debo en parte mi legítimo triunfo sobre el insensato Abderahman. Por tu influjo los inquietos esclavos, y aún los zenetes y berberies que formaban la guardia del alcázar, se pasaron á mis banderas, y merced al prestigio de que gozas en Córdoba, todos los ánimos se inclinaron á mi favor.

Mohamed exageraba adrede los servicios de Wadha, que no habia hecho más que plegarse á las circunstancias, para sacar el mejor partido en provecho de su señor.

— Corté los vuelos, prosiguió, al tan inepto como engreido hagib, que aspiraba nada ménos que á sustituir á los Omeyas en el califato; y sin embargo, la obra no está más que empezada: la muerte del hijo de Almanzor me abrió las puertas del poder; pero no ha conjurado los peligros que amenazan á la unidad del imperio. Cada vez es mayor el ódio entre árabes y africanos. Ante la flaqueza del trono y la incertidumbre actual, los codiciosos esclavos maquinan en la sombra, dispuestos á venderse al que más les ofrezca. Los reyes de Castilla y

Almanzor, verdadero rayo de la guerra; pero ¿qué nos ha dejado por herencia despues de tantas hazañas? El desastre de Calatañazor, mortal encono entre árabes y africanos, un pueblo acostumbrado á glorificarlo á él y á despreciar al Califa; y por último, una multitud de reyezuelos, con nombres de wadies y alcaides perpétuos, que, muerto su señor, se juzgan ya libres de toda sumision y obediencia. Wadha, el imperio se desmorona; y nuestro primer deber es salvarlo. A grandes males, grandes remedios. Ciertamente, el desdichado Hixem no es más que una sombra; pero esa sombra empaña el honor del trono, envilece la dinastía, y es menester que desaparezca... Hé ahí el grave proyecto que deseaba confiarte, y para el cual necesito tu cooperacion... ¿Vacilas?...

—¿Y no temes que el pueblo?...

—¿El pueblo? Ya has visto el pesar con que ha recibido la noticia de su enfermedad... El pueblo apenas lo conoce, y recibirá con la misma indiferencia el anuncio de su muerte.

—Y no siendo probable que se prolongue mucho su existencia enfermiza, y siendo tú el llamado legítimamente á sucederle, ¿no comprendes que sería un crimen inútil, que te expondría á grandes peligros y males sin cuento?

—No, Wadha, no pienses que es impaciente ambicion. Las tropas están decididas á proclamarme Califa. Yo estoy haciendo los mayores esfuerzos para contenerlas, ya que no me sea dado el disuadirlas. Si á mi pesar estalla el movimiento, y es violentamente depuesto Hi-

xem, los walíes, que sólo buscan un pretexto para declararse independientes, levantarán el estandarte de la rebelion. Por el contrario, si sucedo pacíficamente á mi deudo en el tronó, vacante por su fallecimiento, la guerra civil quedará conjurada; y de saltar algun chispazo, será fácilmente extinguido. Y te hablo del bien público, y no de las ventajas personales que tal cambio te ha de reportar, pues sé cuán alto rayan tu abnegacion y desinteres.

— Que no reine Hixem, repuso el sagaz Wadha, comprendiendo que lo que más urgía era salvar la vida de su señor, poco me importa. Realmente nunca reinó, y en ese punto entro desde luégo en tus miras... Pero déjame que te hable con lealtad. Hixem lleva tu sangre y justo es que yo mire por ella. Así se lo juré á la Sultana cuando me recomendó, en la hora de la muerte, que velase por su hijo. ¿Á qué, repito, cargar nuestra conciencia con un crimen inútil? Si se tratára de otra persona... mas ¡del pueril é inofensivo Hixem! Nada tan fácil como hacerlo desaparecer sin que la tierra lo sienta. Y si quieres, yo me encargo de esa empresa. Yo lo pondré en sitio tan recóndito é ignorado, que ni él mismo sepa jamás dónde se halla... Eso sí, donde no le falte sustento ni abrigo.

— ¿Y cómo hacer creer que se ha muerto?

— La mitad del camino está andado. En todo el imperio se hacen diariamente rogativas por el restablecimiento de su salud. No hay nadie que no espere de un momento á otro la noticia de su fallecimiento; pues bien, con decir que al fin ocurrió la desgracia, enlutar

de Leon, los Condes de Barcelona y Urgel, aprovechándose de nuestras discordias, adelantan de día en día sus fronteras. Los walíes de las provincias, y aún los alcaides de plazas fuertes, no ocultan ya sus ambiciosas miras de independencia, y se burlan de un rey que ni acatan ni temen. Por todas partes pululan fanáticos visionarios, promoviendo cismas con sus falsas predicaciones, y soldados dementes empeñados en fundar dinastías. De seguir más tiempo en las flojas manos del apocado Hixem, el cetro de los califas se romperá en cien pedazos; y entre la barbarie de los hijos de Alfranc y la ferocidad de las hordas del Mogreb, quedará para siempre destruida la obra gloriosa de mi ínclito abuelo Abderahman el Grande.

Wadha comprendió desde luego que algun plan siniestro se agitaba en el alma del hagib; y ántes que siguiera adelante en sus ominosas consideraciones, trató de salirle al paso, por ver si lograba apartarlo de la torcida senda en que, no sin profundo recelo, lo miraba empeñarse.

— La soberanía del mísero Hixem, le dijo, no es más que un nombre. En tus manos vigorosas están la espada del poder, las riendas del gobierno, la balanza de la justicia. ¿En qué puede Hixem contrariar tus empresas? Su debilidad é indolencia no fueron obstáculo para que el insigne Almanzor diese al imperio largos años de prosperidad y de gloria.

— ¿Y nos hallamos, por ventura, en aquellas circunstancias? Entónces la sultana Sobeya se encargaba de reinar por su hijo. Yo admiro las grandes cualidades de

banderas y atambores, y hacerle pomposas exequias, todo está terminado.

— Wadha, el pueblo cordobés es tornadizo y suspi-  
caz : hoy mira con desdeñosa indiferencia la suerte de  
un califa, que vivió siempre como petrificado en su al-  
cázar, que no se halló nunca al frente de las tropas, ni  
en las academias de los sabios, ni en los consejos del  
gobierno; pero desde el instante que se anuncie su  
muerte, si no lo ve difunto con sus propios ojos, tendido  
sobre paños fúnebres, en imperial catafalco, vendrán las  
malignas cavilaciones, las aviesas conjeturas, y mil ha-  
billas y patrañas de que sacarán provecho nuestros ene-  
migos.

Wadha no contestó á la anterior observacion, mas en  
su faz grave y adusta bien conoció el hajib que la fide-  
lidad del eslavo era inquebrantable.

Largo rato quedaron ambos como abstraídos y en hon-  
do silencio, hasta que de pronto, como si una chispa de  
satánica lumbre atravesára su tenebroso espíritu, Moha-  
med, desarrugando el ceño, dijo con siniestra calma :

— Ese jóven histrion que divierte á Hixem con su  
lira jónica y sus cantos helénicos, por raro capricho de  
la suerte es la propia estampa del Emir. Además, oscu-  
ro extranjero, sin relaciones y sin importancia, ¿crees  
tú que si el pueblo viese en un túmulo el cadáver de ese  
juglar con las vestiduras del Califa, dudaria del falle-  
cimiento de Hixem?

— ¡Oh! de ninguna manera... Pero en palacio aún  
hay servidores que lo conocen y...

— Los alejarémos. Yo cuidaré de que el griego entre

en el alcázar sin que nadie le vea : al mismo tiempo tú harás desaparecer á Hixem. Lo demas corre de mi cuenta. ¿Estamos conformes?

— Lo que me importa es la vida de Hixem, y yo te respondo de que no volverás á oír hablar de él. Ahora, en lo que concierne á ese infeliz griego, tú obrarás como mejor te plazca.

— ¿Cuento, pues, contigo?

— Wadha y sus partidarios serán los primeros que te saluden *Emir el mumenin* y jefe del Imperio.

Mohamed, sonriente y satisfecho de su feliz inspiracion, estrechó entre las suyas las manos del esclavo.

Luégo que terminó la conferencia, Wadha, sin perder tiempo, empezó á ocuparse en los medios de sacar á Hixem de Córdoba y ocultarlo en sitio seguro, plenamente convencido de que su vida sería irremisiblemente sacrificada de continuar siendo obstáculo á la insana ambicion de Mohamed.

Para llevar á cabo su plan llamó á Ambaso, cliente suyo, esclavo como él y persona de su absoluta confianza, y poniéndolo en el secreto de lo que ocurría y asociándolo á su pensamiento, le encargó que con el mayor sigilo examinase la mina del alcázar, conservándola expedita. Su objeto era sacar por aquella oculta vía á Hixem, evitando las puertas de palacio; pues conociendo á Mohamed, recelaba no lo hiciera seguir por algun espía que averiguase el lugar de la reclusion del Emir, en cuyo caso habria perdido el trono sin quedarle por eso asegurada la vida.

Dejemos por ahora al fiel camarero disponiendo lo ne-

cesario para librar á Hixem de las garras de su despiadado primo, y pasemos al hogar del desventurado Aléxis, víctima inocente que empujaban de consuno al sacrificio la lealtad de Wadha y la ambicion de Mohamed.

Despues de su misteriosa entrevista con la apasionada Sélima, Aléxis se creia ligado á ella con lazo indestructible. Su honradez, su conciencia, y sobre todo su corazon, se sublevaban á la sola idea de salir furtivamente de Córdoba y dejar burlada y en la desesperacion á aquella mujer que tantas pruebas de amor le habia dado y que estaba dispuesta á dárselas aún mayores. Y no que el viaje á Constantinopla le causase ya el disgusto ó repugnancia de otras veces; al contrario, ahora lo deseaba ardientemente, con tal, sin embargo, de que con él y su madre partiese tambien la bella odalisca. Si Hixem fallecia, nada más fácil que lograrlo, viéndose Sélima entónces dueña de su voluntad y de sus acciones. Si no llegaba ese caso, que, sea dicho de pasada, Aléxis vislumbraba ya con ménos pesar que al tener la primera noticia de la dolencia del Emir, puesto que Sélima parecia resuelta á fugarse del harem imperial, ¿qué otro partido le quedaba que ser su cómplice, su encubridor, huir con ella y, buena ó mala, correr su fortuna? De todos modos, estando ya tan adelantadas las cosas, no podia seguir más tiempo embozado y esquivo con su cariñosa madre. Por su propio bien era preciso que francamente se descubriese. Comprendia los terrores

que iban al pronto á asaltarla, pero como no era posible retroceder, estaba seguro de que, recobrada su antigua energía, sin pararse á volver la vista atras, su madre no tendria más pensamiento ni más afán que ayudarle á salvar peligros, vencer dificultades y realizar al fin sus amorosas esperanzas. Es verdad que la diferencia de religion era grave inconveniente para legitimar un día aquel vínculo clandestino; mas Aléxis pensaba acallar fácilmente los escrúpulos de su madre en este punto, pues no dudaba de que, iluminada la razon de Sélima con los dogmas cristianos, abandonase una creencia que la reducía á la inferioridad de odalisca, por otra que la elevaba á la dignidad de única y exclusiva esposa.

Antes, sin embargo, de confiarse á su madre, le pareció prudente esperar á que Sélima le diese nueva cita, á fin de saber fijamente á qué atenerse sobre sus aventurados proyectos, y ponerse con ella de acuerdo sobre los medios de ejecucion.

Llegó al cabo el billete que Aléxis aguardaba. Mejor fuera que nunca llegase, pues vino á deshacer de un sople los encantados castillos que el iluso griego habia levantado en su ardorosa imaginacion.

Esta vez la misiva cayó desde luégo en sus propias manos, y al reparar que era negro el torzal con que venía atada, se le oprimió el corazon. Corrió á su aposento, y encerrándose en él, con indecible ansiedad leyó lo que sigue:

« Todo ha cambiado. No esperes verme. Amame desde léjos. ¿Cómo luchar con el destino? »

Sin duda esas amargas expresiones habian sido inspi-

radas á Sélina por la honda zozobra que debió causarle el saber la insólita vigilancia que se ejercia en la mina y cuyo verdadero objeto no podia adivinar: Pero el pobre amante, que ignoraba lo que acontecia, no vió en aquellos conceptos más que desamor, inconstancia y olvido, y por algunos momentos quedó el infeliz como fulminado. Luégo volvió á leer las fatídicas palabras, y viniendo en su auxilio las lágrimas, exclamó entre comprimidos sollozos:

«¡Falsa!..... ¡cruel!..... ¡Fingir apasionado amor, embriagarme con ilusoria felicidad, y hundirme despues en un abismo de amargura, sin dejarme siquiera en el corazon un rayo de esperanza!»

Y la faz sombría, los ojos fijos y sin mirada, permaneció largo rato inmóvil y reflexivo. Las lágrimas se fueron evaporando, y una leve sonrisa, mucho más acerba y dolorosa, contrajo sus finos labios. Saliendo al fin por un brusco movimiento de aquella especie de estupor, se puso á andar á largos pasos por la pequeña estancia, hablando solo, y á veces gesticulando como un demente.

«¿De qué me quejo?..... Su cabeza y la mia habrian sido al cabo el precio de nuestros amores..... ¡Qué locura! Exponer su preciosa vida por un miserable juglar..... Si yo pudiera ofrecerle un trono, ó fuese al ménos algun poderoso wali..... Madre mia, tienes razon : en Córdoba no nos aguarda más que aficcion y quebranto..... Es forzoso partir.»

Y pronunciando esta última frase, abrió resueltamente la puerta, corrió al cuarto de Justina, y le anunció su vivo deseo de emprender el viaje cuanto ántes.